

LA RESURRECCION DE LAS HADAS



N las vidrieras de los librereros, durante estos días en que los modestos volúmenes corrientes ceden el puesto a las alegres encuadernaciones de Navidad, no se ven sino títulos de encanto. He aquí, en ocho enormes infolios, *Las mil noches y una noche*, que ya no son aquellos buenos cuentos de niños, arreglados por Gallaud, en los cuales los visires llevaban cuellos de encaje a lo Luis XIV y las sultanas se arreglaban la cabellera cual madame de Maintenon, sino otros cuentos más serios, más crueles y más intensos, traducidos literalmente por el doctor Mardrus. «Vosotros, los que no habéis leído sino el antiguo arreglo—nos aseguran los entusiastas de la literalidad—no conocéis estas mágicas historias.» Pero los entusiastas de la tradición clásica con-

testan: «En la versión nueva hay más detalles, más literatura, más pecado y más lujo, es cierto. Lo que no hay es más poesía y más prodigio. Por cantar más, los árboles no cantan mejor, y por hablar con superior elocuencia, el agua no habla con mayor gracia. Todo lo estupendo que aquí vemos, las pedrerías animadas, las rocas que oyen, las odres llenas de ladrones, los muros que se abren, los pájaros que dan consejos, las princesas que se transforman, los leones domésticos, los ídolos que se hacen invisibles, todo lo *féérique*, en fin, estaba ya en el viejo e ingenuo libro. Lo único que el doctor Mardrus ha aumentado es la parte humana, es decir, la pasión, los refinamientos y el dolor. La nueva Scherazada es más artista. También es más psicóloga. Con detalles infinitos explica las sensaciones de los mercaderes sanguinarios durante las noches de raptó y las locuras de los sultanes en días de orgía. Pero no agrega un solo metro al salto del caballo de bronce, ni hace mayores las alas del águila Doc, ni da mejores talismanes a los príncipes amorosos, ni pone más pingües riquezas en las cavernas de la montaña. Y esto es lo que nos interesa.»

Los que hablan así, se equivocan. Las *Noches* de Gallaud eran obrillas para niños. Las *Noches* de Mardrus son todo un mundo, son todo el Oriente, con sus fantasías exuberantes, con sus locuras luminosas, con sus orgías sanguinarias, con sus pompas inverosímiles... Leyéndolas he respirado el perfume de los jazmines de Persia y de las ro-

sas de Babilonia, mezclado con el aroma de los besos morenos... Leyéndolas he visto el extraño desfile de califas y de mendigos, de verdugos, de cortesanos, de bandoleros, de santos, de jorobados, de tuertos y de sultanes, que atraviesa las rutas asoleadas, entre trapos de mil colores, haciendo gestos inverosímiles. Y como si todo hubiera sido un sueño de opio, ahora me encuentro aturdido, sin poderme dar una cuenta exacta de lo que en mi mente es recuerdo de escenas admiradas en Ceylán, en Damasco, en El Cairo, en Adén, en Beirut y lo que sólo he visto entre las páginas mardrusianas. Porque es tal la naturalidad, o, mejor dicho, la realidad de los relatos de Scherazada, que verdaderamente puede asegurarse que no hay en la literatura del mundo entero una obra que así nos obsesione y nos sorprenda con su vida inesperada y extraordinaria. ¡Y pensar que, al abrir el primero de los ocho tomos recién publicados, figuréme que iba sencillamente a encontrarme con *Las mil y una noches*, de Gallaud, que todos conocemos, un poco más completa, sin duda, pero siempre con su añejo saborcillo de discreta galantería exótica! «Entre esta traducción nueva y la traducción clásica—pensé—, debe de haber la misma diferencia que entre la *Biblia* de San Jerónimo y la del rabino Zadock Khan, o entre la *Iliada* de Hermosilla y la de Leconte de *l'Isle*.» Pero apenas hube terminado el primer capítulo, comprendí que acababa de penetrar en un jardín antes nunca visto.

Al trasladar al francés los cuentos árabes, el escritor del siglo xvii no se contentó, como Racine, con poner casacones versallescós y pelucas cortesananas a los héroes del libro original, sino que les cambió sus almas salvajes por almas elegantes. De lo que es la palpitación formidable de la vida, hizo unos cuantos apólogos morales. Así, puede decirse que quien no ha leído la obra del doctor Mardrus no conoce, ni vagamente, las historias que hicieron olvidar durante tres años, al rey de la India, sus crueles designios. El título mismo no es idéntico en las dos versiones. Y no hay que decir, como algunos críticos castizos, que al traducir literalmente *Las mil noches y una noche* sólo ha cometido Mardrus un pleonasma indigno de nuestras lenguas latinas. Ajustándose desde la cubierta al original, y dejando al rótulo exterior su carácter exótico, lo que de fijo se ha propuesto es demostrar que su respeto del texto es absoluto. ¿Que eso os choca?... Pues abrid la obra y comenzad la lectura. Al cabo de unas cuantas páginas, el filtro oriental habrá obrado en vuestras imaginaciones, y os figuraréis que estáis oyendo a la hija del visir en persona. ¡Ah, traductores, traductores, he ahí el gran modelo, he aquí la pauta impecable de vuestro arte! Todos los detalles y todos los ritmos, todas las expresiones características y todas las violencias de lenguaje, todos los madrigales sutiles y todos los refranes populacheros, están ahí. Ahí están los seres viviendo su propia vida en su propia atmosfera.

Ahí está el alma del árabe, en fin. En un prólogo que figura al frente de la primera edición de la obra en diez y siete volúmenes, y que no sé por qué el editor no ha conservado en la reedición ilustrada, el doctor Mardrus explica poéticamente su severo método.

«Yo ofrezco—dice—todas desnudas, vírgenes, intactas, ingenuas, para mis delicias y el placer de mis amigos, estas noches árabes, vividas, soñadas y traducidas sobre la tierra natal y sobre el agua. Ellas no fueron dulces durante los vagares de las largas travesías bajo el cielo de lo lejos. Por eso las doy. Ingenuas son, y sonrientes y llenas de ingenuidad, al igual de la musulmana Scherazada, su succulenta madre, que las parió en el misterio, fermentando con inquietud en el seno de un príncipe sublime—lúbrico y feroz—, bajo el ojo enternecido de Alá, clemente y misericordioso. Desde su venida fueron delicadamente acariciadas por las manos de la lustral Doniazada, su tía, que grabó sus nombres sobre hojas de oro coloreadas de húmedas pedrerías, y las cuidó bajo el terciopelo de sus pupilas hasta la adolescencia dura, para esparcirlas, voluptuosas y libres, sobre el mundo oriental, eternizado, de su sonrisa. Yo las juzgo y las doy tales en su frescor de carne y de roca. Pues... un método sólo existe, honrado y lógico, de traducción: «la literalidad» impersonal, apenas atenuada por el rápido parpadeo y el saborear largamente... Ella produce, sugestiva, la más grande potencia literaria.

Ella hace el placer evocatorio. Recrea indicando. Es la más segura garantía de la verdad.»

Ya lo oís. Explicando su método personal, el ilustre escritor árabe (porque Mardrus nació en Siria), viene a dar a Europa la más admirable y la más útil enseñanza. Pero lo malo es que, para seguir su ejemplo fecundo, no basta con saber muy bien la lengua de que se traduce y la lengua en que se traduce. Algo más es necesario, y este algo es la maravillosa comprensión de la poesía extranjera en lo que tiene de más peculiar y de más fresco. Además, es indispensable una libertad de lenguaje que no es frecuente.

«Hay en los libros de los países orientales cosas que nuestra decencia europea no admite y que es preciso velar»—dicen los académicos.

En realidad, nadie tiene derecho a escamotear una sola frase, por ruda que sea, a un autor exótico. ¿Que las palabras escabrosas os chocan? ¿Que no os atrevéis a llamar al pan pan y al sexo sexo?... Pues cerrad el libro y dejad en paz su poesía. En este punto, el buen señor Gallaud debe de haber tenido sorpresas muy desagradables durante su larga labor de adaptador, porque si hay cuentos que contienen desvergüenzas—adorables y lozanas desvergüenzas—, son los de *Las mil noches y una noche*, al lado de los cuales el *Decameron*, de Bocaccio, y el *Heptameron*, de la reina de Navarra, y hasta las *Damas galantes*, de Brantôme, no son sino discreteos de señoritas libertinas. Interrogado por un *reporter* cuando publica-

ba los primeros capítulos de su traducción en las revistas, el doctor Mardrus explicó con llaneza su manera de obrar y de pensar en tal particular. He aquí sus palabras:

«Los pueblos primitivos llaman las cosas por su nombre, y no encuentran casi condenable lo que es natural, ni licenciosa la expresión de lo natural. (Entiendo por pueblos primitivos los que aún no tienen ninguna tara en la carne o en el espíritu y nacidos en el mundo bajo la sonrisa de la belleza...) Desde luego, es totalmente ignorado de la literatura árabe ese producto odioso de la vejez espiritual: la intención pornográfica. Los árabes ven toda cosa bajo el aspecto hilarante. Su sentido erótico no lleva más que la alegría. Y ellos ríen con todas ganas de lo que al puritano parecería escandaloso.»

Oyendo esto, el *reporter*, que estaba enterado por los profesores de la escuela de lenguas orientales de la «imposibilidad» de decir, en una literatura «culta», las enormidades que se encuentran en los textos árabes, murmuró:

—Hay quienes apuestan que no se atreverá usted a conservar su literalidad hasta el fin.

—Ya lo verá usted—terminó Mardrus sonriendo.

Y, en efecto, hemos visto que, con su ingenua valentía, ha llegado a la última página maravillosa sin velar un solo cuadro libre, sin desteñir una sola expresión libidinosa, sin atenuar una sola situación erótica. Así, la leyenda de que el libro, que antes se consideraba como un entretenimien-

to de niños, es una obra obscena comienza a formarse, y acabará, sin duda, por impedir que la gente timorata lo lea. Pero esto, lejos de apenarnos a los que consideramos *Las mil noches y una noche* como la mayor maravilla del ingenio humano, debe regocijarnos íntimamente. Porque, en realidad, un poema como éste no es para todo el mundo. Desde luego, no es para la burguesía. Ni es tampoco para las señoritas educadas en los conventos. No es, en suma, sino para aquellos que son capaces de comprender el alma del árabe.

¿Y sabéis lo que es el árabe, vosotros que lo veis en las viñetas de *El último Abencerraje*? El divino Madrus os lo dice en estas líneas:

«El árabe, a una música—notas de cañas y de flautas—, a una queja de *katun* o de *ud*, a un ritmo de *darabuka* profundo, a un canto de muezin o de almea, a un cuento coloreado, a un poema de aliteraciones en cascadas, a un olor sutil de jazmín, a una danza de flor o vuelo *buka* profundo, a un ritmo de perla de una sólida cortesana undosa, de ojos estrellados, responde, a la sordina o con toda la voz, por un «¡Ah, ah!...» largo, sabio, modulado, estático, arquitectural. Es que el árabe es un intuitivo; pero afinado y exquisito. Ama la línea pura y la adivina, irrealizada. Pero él... estrecha, sin palabras, infinitamente.»

Ahora que ya sabéis lo que vais en él a hallar, abrid, poetas, el libro... Poetas digo...

* * *

Los poetas que en Rusia, en Alemania, en Inglaterra, han abierto con amor las *Noches* de Mardrus, han sacado de ellas, como de una caverna encantada, tesoros de divinas fantasías. «Los autores de *Scherazada* y de *Sumurum* - dice un crítico—son hoy los que nos proporcionan los espectáculos más bellos y más originales.»

¡Autores! ¿De qué pueden ser autores esos caballeros? Lo que han hecho es adaptar a la escena lo que ya existía. Los mismos *costumiers*, que tan orgullosos se muestran del éxito de sus trajes y de sus adornos, no han tenido más que hojear los ocho enormes volúmenes de la edición de *Las mil noches y una noche*, ilustrada con las maravillosas miniaturas de Persia que se hallan en las Bibliotecas nacionales y en las colecciones particulares de Europa. Todos esos jeques, todos esos eunucos, todos esos visires, todas esas bailarinas, todas esas sultanas, todos esos enanos y todos esos jorobados que nos deslumbran con sus trapos vistosos, ya los habíamos visto antes pasar por entre las páginas de la obra mardrusiana. Lo maravilloso es asistir al milagro que de pronto convierte nuestras visiones en realidades y hace de seres imaginarios las más vivas criaturas humanas. Lo único que realmente demuestra un talento personal, en estas *feeries* realistas, es el arte de los decoradores. ¡Ah, esos cuadros maravillosos, esos harems admirables, esos bazares soberbios, esos jardines frondosos! ¡Ahí sí, ahí sí hay genio e invención, ahí sí hay esfuerzo, ahí sí

hay creación! Realizando con colores y formas visibles lo que en los cuentos de Mardrus no es sino vago ensueño de magnificencias suntuarias, Bakst y Stern, Bakst sobre todo, ponen ante nuestra vista los palacios encantados tal cual hubiéramos deseado habitarlos cuando, al leer *Las mil y una noches*, nos sentimos con almas de sultanes. Y en espectáculos de esta índole no puede decirse que el decorado sea cosa de poca importancia. Viéramos una de las dos piezas que acababan de encantarnos en un cuadro vulgar, y nuestro placer sería mucho menos intenso. Para saborear plenamente *Scherazada* o *Sumurum*, la preparación de una *mise en scène* perfecta es indispensable. Así, cuando en la obra alemana la acción propiamente dicha principia, ya Stern nos ha saturado de orientalismo con su primera decoración fantásticamente realista y realmente fantástica. He aquí al juglar jorobado en la puerta de su casa de danzas, todo melancólico, todo inquieto. En las ventanas, los rostros de las bailarinas asoman risueños y provocantes. Enfrente abre sus puertas la tienda de sederías de Nur-al-Din, el hermano hermoso del horrible jorobado, «el más amado de las damas y al mismo tiempo el más desdeñoso de todos los amores fáciles». Cuando el drama comienza a desenvolver sus volutas luminosas, nos enteramos de que el juglar está enamorado de una danzarina, y de que la danzarina lo desprecia y ama al mercader de sedas. También nos enteramos de que este último

no corresponde al amor de la vecina. Un bajá pasa, y encontrando de su gusto a la bailadora, quiere comprarla como esclava a precio de oro. «No—dice el dueño—, no; por ningún tesoro cambiaría éste.» Un instante después, la favorita del mismo bajá, acompañada de suntuoso séquito, penetra en la tienda de las sedas y encuentra al tendero dormido: lo admira y deposita a sus pies el más rico de sus brazaletes. Al despertarse Nur al-Din siente una turbación infinitamente dulce: esa joya corresponde a su sueño. Pero ¿dónde está la mujer que ahí la dejó, la mujer a quien admira con la imaginación tal como es en efecto? La bailadora, que lo ha visto todo, corre a describirle la escena y se acerca mucho a él. En ese momento aparece el jorobado, que creyendo que su hermano corresponde al amor de su esclava, la entrega al bajá, que continúa prendado de ella. Luego, la acción se desarrolla con una rapidez y una abundancia prodigiosas. Cada uno de los diez cambios de decoraciones, corresponde a una aventura extraordinaria. El dueño de la casa de danzas, no pudiendo consolarse de la pérdida de su ídolo, se ahorca. Un esclavo lo descuelga y lo mete en un saco. Otro esclavo, que encuentra el saco macabro, lo esconde en la tienda de las sedas. Otro esclavo, que tropieza con un bulto, lo precipita al río. La favorita del bajá vuelve a casa de Nur al-Din a dar una cita en el harem al mercader, diciéndole que lleve unas cajas de telas para enseñárselas y para que a su amo no le choque la

visita. Al entrar en el harem, Nur-al-Din se encuentra con su hermano el jorobado, a quien creía muerto y que sólo estaba privado del conocimiento. El pobre viene en busca de su danzadora, cuya pérdida lo enloquece. En el último cuadro, cuando el bajá descubre al mercader de sedas al lado de su favorita en el gran patio del harem, el jorobado organiza una magnífica danza, en la que toman parte todas las esclavas de la favorita, y trata así de salvar a su hermano. Pero viendo que el bajá lo ha descubierto y va a matarlo, se precipita sobre él y le clava un puñal en la espalda.

Claro que, contada con esta rapidez, con esta falta de detalles, la historia maravillosa no tiene el encanto magnífico que los lectores de *Las mil noches y una noche*, traducidas por Mardrus, han saboreado en el relato original. Mas hay que darse cuenta de lo que significa en el teatro la parte de vida, de movimiento, de ilusión, de realidad. Aun muy fragmentada y muy recortada, la aventura de la favorita Sumurum y del bello Nur-al-Din subyuga por lo que tiene de realización plástica de un bello ensueño oriental. El placer, naturalmente, es todo de la vista. A espectáculos como éstos no se les debe pedir más de lo que son. Pero hasta tratándose, como se trata en efecto, de lo que antaño se llamaba en París un cuadro vivo, es decir, una representación sin palabras, más pintoresca que pasional, la música, que envuelve las escenas en un velo armonioso y que

las hace desarrollarse rítmicamente en su fondo admirable de decoraciones escrupulosas, llega a producir una fuerte sensación de vida fantástica.

En *Scherazada* la acción está asimismo sacada de *Las mil y una noches*. ¿Os acordáis del prólogo de la obra, tal cual el doctor Mardrus lo ha traducido? En su brevedad oriental es quizás la más triste y la más cruel de todas las desventuras de amor. El rey Schariar vive feliz en su serrallo, rodeado de esclavas y de eunucos, de músicos y de juglares, de guardias y de magos. En su alma todo es paz. ¡Alabado sea Alá, soberano del Universo, y la prez y la dicha sobre el gran señor dueño de las tierras de la India! Pero he ahí que un día se le ocurre llamar a su hermano, el príncipe Schahmann, de Samarcanda. Apenas instalado en el palacio regio, el huésped asómase a una ventana que da a los jardines del harem, y todas sus tristezas íntimas se desvanecen ante el espectáculo que contempla, y murmura:

—Mi pobre hermano es más infeliz que yo.

Al día siguiente, como el rey le ve alegre, pregúntale cuál es la causa de su súbito cambio de carácter.

—Lo que me pasa—contéstale—es que hasta ayer yo me creía, por haber perdido el amor de mi esposa, el más infeliz de los hombres. Mas ahora sé que hay uno más infeliz aún que yo. Sólo que Alá es más grande y más misericordioso.

—En verdad, hermano, yo deseo saber cuál es ese hombre infortunado de quien me habláis.

Al cabo de mucho hacerse de rogar, el príncipe exclama:

—Sois vos, mi hermano.

Y para probarle que no miente, llévale a su estancia y le hace asistir al espectáculo que vió la víspera.

Bailado por la *troupe* rusa que encabezan Nijinsky y Karsavine, este espectáculo es maravilloso de movimiento, de alegría, de armonía y de magnificencia. El gran pintor Bakst, que en otras obras había ya demostrado su genio incomparable de decorador, en este *ballet* se muestra superior a sí mismo. No hay idea de la luminosidad, de la frescura, de la grandeza y de la magnificencia de su *mise en scène*, verdaderamente fabulosa. Cuatro puertas cierran el harem: la puerta de oro, la puerta de plata, la puerta de cobre y la puerta de hierro. En el centro, un jardín de ensueño canta el epitalamio de sus surtidores. Y cuando los personajes aparecen, alados, extraños, inquietantes, diríase, en verdad, que el libro del glorioso doctor Mardrus se ha animado en una apoteosis mágica de realidad. Todos los detalles son impecables. El grupo de las esclavas blancas, mezclándose con el grupo de los esclavos negros, forman un fondo admirable para que resalte la pareja principal: la reina en brazos de un horrible hotentote.

—Eso es lo que había visto—murmura el príncipe de Samarcanda al oído del rey de la India—, eso que tú ves ahora. Sólo Alá es sabio y poderoso.

Entonces es cuando el gran Schariar, desilusionado para siempre, decide decapitar todos los días a una mujer.

Después de estas obras mudas hemos visto otra, venida de Londres, que nos ha parecido más bella aún. Me refiero a *Kismet*, que ya no es una pantomima, sino un drama. ¡Y qué drama! Un drama de fantasmas líricos...

Apenas se alza el telón un recitador árabe como los que se ven en las terrazas de los cafés de Damasco, habla de este modo:

—¡Alabado sea Alá, rey de los reyes, creador de todas las cosas! ¡Alabado sea Alá, que ha extendido los campos cual una alfombra a nuestros pies y ha colgado el firmamento sobre nuestras cabezas! ¡Alabado sea asimismo Mahoma, su profeta, entre los hombres, el bendecidor de los bendecidores, amén! Pero continuemos... En verdad os digo, los actos y las palabras de los que han venido al mundo antes que nosotros son ejemplos y amonestaciones para los mortales del día. Y de tal suerte es la historia de Hadji el mendigo, que vivió su vida en esta apacible ciudad de Bagdad hace mil y mil años... Ahora es la historia de un día entre sus días lo que os voy a contar, ¡oh, benévolo auditores! Poned cuidado en la enseñanza que va a daros el Destino, llamado «Kismet» por los poetas. Y notad bien las venturas y desventuras asignadas de antemano al hombre, que se eleva y se hunde como la cuba en el pozo. Pero Alá sólo conoce todo... Oíd...

Y la pieza comienza a desarrollarse, cual si fuera la continuación vivida del cuento. Desdeñando las habilidades de los dramaturgos occidentales, que tratan de convertir en fragmentos de realidad los más bellos ensueños, el autor, que es un inglés llamado Knoblauch, pero un inglés que tiene alma de árabe, presenta la realidad cual un bello ensueño. «Renunciad a vuestros resabios estéticos — parece decirnos —, olvidad vuestros prejuicios clásicos, no evoquéis modelos perfectos. Ved lo que va a pasar con corazones de kálfas o de niños. Sed al mismo tiempo primitivos como seres bárbaros, y refinados como seres que están fatigados de todo » Por mi parte, así lo he hecho. Y gracias a esta superchería moral, nada de lo que les choca a los críticos graves, ni las inocencias, ni las languideces, ni las incoherencias, nada, en fin, nada me ha causado mal efecto.

El mendigo Hadji aparece dormido ante la puerta de una santa mezquita. Es un hombre cano, envejecido prematuramente, pero aún robusto y activo. Su barba tiene algo de salvaje. Sus sonrisas son a la vez inteligentes y burlonas. Un rayo de ferocidad luce de vez en cuando en el fondo de sus pupilas negras. En el cielo comienzan a elevarse, como suaves ondas de esmalte, las claridades matutinas. Es una madrugada de Oriente con todo su encanto de misterio. Las cúpulas se destacan a lo lejos en la penumbra. Las puertecillas se entreabren. La vida de la gran

ciudad va a principiarse. En los blancos alminares, las voces de los almuédanos cantan la gloria de Dios con trinos de una infinita dulzura. Los fieles acuden a la casa de Alá para orar. El mendigo despiértase al ver que el momento de pedir las primeras limosnas del día ha llegado, y tiende la mano. Pasa un mercader y le da algo. Pasa otro y no le da nada. Al fin aparece un caballero soberbio, que le deja caer en la diestra una bolsa llena de escudos de oro. Hadji levanta la vista y reconoce en él a su más terrible enemigo, al odiado y odioso Jawan, causa de todos sus males, causa de su ruina, causa de su envilecimiento. Porque antes de ser un pobre hombre, el mendigo había sido un comerciante poderoso. En su pueblo natal tenía una familia por la cual trabajaba día y noche. Su mujer era la más bella de las mujeres, y su hija la más divina de las hijas. Ahora sólo le queda esta última. La primera escapóse un día con el malvado Jawan, dejándole con el alma ulcerada y sin valor para seguir trabajando. Así, al sentir el peso de la bolsa que acaba de recibir, el infeliz tiene un impulso de rebelión. Aquel oro le quema los dedos. Su alma le grita venganza. Pónese de pie y va tal vez a precipitarse contra su enemigo. Mas su instinto sutil le obliga a comprender que nada puede en aquel sitio, vestido con aquel traje, y combina un plan diabólico. «Lo primero—piensa—es convertirme en un sér de aspecto respetable.» Tranquilamente encamínase hacia el Bazar y se detiene ante dos mercaderes

que exponen suntuosos mantos de brocado. A uno le compra una túnica y al otro un turbante.

—¿Cuánto os debo?— pregunta.

Y antes de que le contesten se aleja rápidamente sin pagar, porque quiere conservar el oro de su bolsa para empresas más grandes. Lo malo es que los mercaderes le persiguen y le hacen prender. El visir le condena a que le corten la mano.

—¡Ay!— exclama—¡Ay, mano de mi alma!... ¡Tú, tú que habrías podido servir a este gran visir de mil maneras, vas a ser cortada! Habrías podido buscarle esclavas divinas, habrías podido defenderle contra sus enemigos, habrías podido matar a los que le odian. No hay en Bagdad otra como tú en potencia y en rapidez. Sabes apoderarte de lo que te conviene y sabes golpear al primer signo. ¡Ah, mano, mano, cuánto pierde el visir al cortarte!

Todo esto al visir Mansur no le conmueve. Pero Hadji dice:

—Sé las historias fabulosas del mundo.

Entonces el visir, como el rey de Scherazada, le perdona para que le cuente esas historias y le lleva a su palacio en calidad de bufón. Ya ahí, al abrigo de todas las persecuciones, no piensa sino en adquirir el poder que necesita para llevar a cabo su venganza y para rescatar a su hija, que vive con una familia humilde en los jardines del kalifa.

Un día Mansur llama aparte a Hadji y le dice:

—¿Eres capaz de todo por mí?

—De todo.

—Pues bien, es necesario que asesines al kalifa.

Antes de cometer su crimen, el mendigo va a ver a su hija, que tiene un novio, un novio jardinero, que no es sino el kalifa mismo disfrazado.

—Que Alá te proteja—dice a la dulce Mar-sinah.

Y vestido de juglar penetra en los aposentos del príncipe y le clava un puñal en la espalda. Pero los príncipes árabes no mueren mientras la Fatalidad no les ha marcado con su sello.

—¿Quién te ha pagado para asesinarme?—pregúntale.

—Mansur—contesta.

—Mansur y tú pereceréis de la misma muerte.

En la mazmorra donde le encierran, Hadji se encuentra con su enemigo Jawan, que ha sido encarcelado por un delito insignificante y que va a ser puesto en libertad algunos instantes más tarde. La Providencia le proporciona, pues, la doble gracia de satisfacer su venganza y de recobrar la libertad. Con sus manos poderosas estrangula a Jawan. Luego le quita su túnica y se viste con ella. Y cuando los carceleros se presentan para poner en libertad a Jawan, el que sale de la mazmorra es Hadji.

¿Adónde ir? Lo lógico sería alejarse de Bagdad, huir de los cadís y de los soldados. Pero lo lógico no es del reino de las mil y una noches. Así, el

mendigo corre hacia la casa de Mansur y se encuentra con que este cruel visir, deseoso de vengarse del fracaso de la misión criminal que le confiara, ha hecho encerrar a su hija Marsinah en un calabozo, y se dispone a atormentarla con todos los tormentos. Saca entonces el puñal que lleva siempre al cinto y mata a Mansur. En seguida, salva a su hija.

—Y ahora—piensa—nadie podrá salvarme de la horca.

Pero justamente entonces aparece el jardinero, que se quita su disfraz y que dice:

—Soy el kalifa. Ven a mí, Marsinah, ven y sé mi esposa. En cuanto a tu padre, le perdono todos sus crímenes; pero que se aleje de ti, que se aleje de nosotros.

Y volviendo a la puerta de la mezquita, Hadji se acuesta en la piedra santa y se duerme como el día en que recibió la bolsa de Jawan.

Los filósofos han descubierto en el fondo de este cuento delicioso muchas moralidades y muchas inmoralidades. Ese fatalismo oriental que lo arregla o lo desarregla todo a su antojo, sin tener en cuenta ni la virtud, ni el esfuerzo, ni la razón, ni la vida misma, les inquieta como un elemento disolvente. En imaginaciones cristianas, en efecto, la fábula no terminaría tal cual termina ni se desarrollaría como se desarrolla. Pero esto, que hace cavilar a los hombres graves, a mí me deja sin la menor inquietud. ¿Qué me importa que Hadji merezca la horca?... ¿Qué más me da que

la justicia resulte burlada? A lo que he asistido no es a una conferencia de moral, sino a un cuento vivido, al más bello de los cuentos. Y así, olvidándome de que hay una lección en toda obra teatral de esta clase, no me acuerdo sino del manto de Hadji y de los velos flotantes de Marsinah, y de las bellas armas del kalifa, y de las actitudes maravillosas de Mansur... ¿No se trata acaso de un sueño, de un puro sueño oriental? Pues entonces, ¿para qué pedir algo más que la embriaguez exquisita de las imágenes fantásticas?...

Antes de estas obras admirables, sólo se veía, de tarde en tarde, en el teatro, una especie de *féerie* inspirada en las *Noches* de Gallaud: *La montaña encantada*, de Moreau. En este drama, la sultana Asitaré es enemiga del amor y de los que aman. Con una filosofía pesimista ve en las locuras sentimentales la fuente de todas las desgracias humanas, el manantial de todos los dolores del mundo. Y como, a pesar de ser reina, es piadosa, ordena que se destierre al Amor de sus dominios. Los mil decretos del Imperio de las Rosas, en efecto, prohíben los besos. La policía no tiene más misión que la de impedir los idilios. El ejército sólo se ocupa en marcar entre los sexos una desunión completa. Y así no hay nada más casto que los días del Imperio. Sólo que los días no son lo mismo que las noches. Un profeta dice a la sultana: «El amor es más fuerte que la ley, y para comprenderlo no tienes necesidad sino de

pasar una noche en vela.» Asitaré sonríe. Sabe que su pueblo la teme. Pero por tranquilizar del todo su conciencia, decídese a recorrer una noche su capital. ¡Cuál no es su asombro al ver que en las calles oscuras, a la luz de la luna, los hombres y las mujeres se unen en parejas apasionadas para ir hacia la mezquita del Amor! Su primer impulso la ordena correr en busca de sus tropas y organizar una matanza general. Pero en el camino un mancebo la detiene. Es un extranjero, un príncipe que viene de lejos y que le pregunta en dónde se halla el palacio de la sultana. «¿Para qué quieres saberlo?»— dice ella. Y él, ingenuo, confiesa: «Para matarla. Yo soy el Amor.» ¡El Amor! La reina lo contempla. ¡El Amor! «Entonces—murmura— el amor es delicioso.» Y lo estrecha entre sus brazos amorosamente.

En cuanto a las hadas de la India, las que permiten a Vasantasena que después de muerta reconquiste su trono, las que obligan al gran rey Tcharudoto a enamorarse de la cortesana, las que hacen encontrarse en una montaña a la humilde Zacuntalá y al poderoso Dushanta, las hadas suaves y serenas que habitan en los palacios de oro del Thibet, tienen ahora menos prestigio que sus hermanas las árabes. Desde los más lejanos días del siglo recién muerto, hasta hoy, creo que sólo una vez han aparecido en el teatro. La obra a ellas consagrada se titula *Brocelandia*. El héroe es Buda. La escena se desarrolla en el jardín de

los Bambús. Las sesenta hijas del viejo Pipaá, ambiciosas y coquetas, deciden seducir al santo hombre. Una tras otra acércanse a él y le hablan al oído con sus voces encantadoras. Esta le ofrece su alma; la otra le ofrece su vida; la de más allá le ofrece sus labios. Y así pasan, en tentador cortejo, sonriendo voluptuosamente. Y ya sólo una falta. Y Buda, que se halla a disgusto, va a levantarse de su trono de flores para huir, cuando la última, que no le dice nada, que sólo le contempla, ruborizándose y temblando, conquista su corazón de cristal. «¿Quién eres?» — le pregunta. Y ella responde: «Soy la ahijada de Sorah, el hada.»

* * *

Los poetas que todavía no han leído *Las mil y una noches*, de Mardrus, prefieren, para sus palacios de hechizo, florestas septentrionales. Los bordes del Rhin y las costas de Bretaña, sobre todo, parecen haber sido siempre fecundas en seres feéricos. Una mitología entera florece ahí desde tiempos inmemoriales. Y son, vivos aún, viviendo en la imaginación del pueblo de una vida de miedo y de entusiasmo, «vivientes» más que vivos, todos los elfos y todos los gnomos, todos los duendes y todos los koriganes. Helos aquí. He aquí a Frega, la de las lágrimas de oro, y a Sauna, protectora de amantes tristes, y a Vora, que vive bajo los pinos melancólicos. He aquí a

Bibiana, más poderosa que el genio, robando a Merlín su fuego sagrado. Es la Venus de esta mitología. He aquí a Titania y a Melusina, a Oriana y a Yolanda. He aquí a la reina Mab en su carro que dos moscas de oro arrastran y que guía un insecto abul. Y detrás de estas divinas representantes del amor, del prodigio, del misterio, aparecen, sirviendo de séquito, los espíritus inferiores, gnomos, elfos, koriganes o nixos. «Desde que la luna enciende su lámpara pálida—dice el historiador del mundo oculto—los elfos abandonan los tilos, sus árboles favoritos, y se reúnen en las praderas para bailar sus bailes nocturnos.» Los más grandes cabrían en un cascarón de nuez, y los menores son casi invisibles. Pero no importa. El más débil de todos puede, mejor que un cíclope, transportar fragmentos de montañas para construir palacios y castillos. Recordad las historias del *Bord du Rhin* del viejo Dumas. En cualquiera de ellas se encuentra un galán loco de amor, a quien un margrave irónico le pone como condición para concederle la mano de su hija, que fabrique, antes que el sol amanezca, una ruta a través de la montaña. El galán llora, pensando en precipitarse desde un alto parapeto. De pronto, tras una rosa, surge un sér minúsculo que habla: «No llores, caballero gentil—dice—, no te desespere, no pienses en morir. ¿Morir tan joven? En verdad es necesario estar loco para tener tamañas ideas... Lo que pide el viejo margrave no es muy difícil de hacerse. Duerme, galán, y

piensa en tu novia... Duerme sin zozobras... duerme sin penas... sonrío soñando en ella. » Y el galán, que, en efecto, se duerme acariciando soñaciones inverosímiles, despiértase antes que el día y ve la ruta terminada. Son los gnomos y los duendes los que han hecho el trabajo. Otras veces los menudos espíritus, compadecidos de las penas de una doncella tan linda como pobre a quien sólo faltan pedrerías para casarse con el príncipe azul, reúnen rayos de luna, reflejos de llama, reverberaciones de cielo, y fabrican diamantes, rubíes y zafiros para hacer, no un collar ni un aderezo, sino todo un traje que envuelve en luces el cuerpo de la desconsolada.

¡Oh, los gnomos! Sus ojos, según el anónimo historiador a quien cité hace un instante, tienen un brillo jamás visto fuera del mundo de las estrellas. En sus cabezas pequeñitas, cubriendo sus bucles áureos, llevan coronas de flores púrpuras. Sus sandalias son de cristal. Por la noche, en los jardines, ríen y danzan al ritmo de una música de arpas de oro. Los koriganes, sus hermanos bretones, son menos elegantes y menos esbeltos en su pequeñez. Visten toscos mantos color de bruma y coronan sus cabezas rubias con cascos de cobre. En vez de músicas, piden, para animarse, copas de licor. Son borrachos y caprichosos. Pero no son malos. Después de bailar en la arena de la playa oyendo silbar en los acantilados el viento del Norte, deciden socorrer a las vírgenes en desgracia, a los mancebos sin fortu-

na, a los ancianos tristes, a los niños ambiciosos. Y repartiéndose en grupos infinitos, invaden las aldeas o asaltan los castillos, buscando a quien hacer favores. Entonces, ¡ay de los que se oponen a su voluntad! Hercúleos y crueles, son capaces de estrangular a aquellos que, egoístas e inconscientes, tratan de tiranizar a los amantes. Sigamos al historiador de los espíritus. Va a hacernos conocer a los habitantes del agua—nixos, ondinas y trolls—. «A veces—dice—bogan sobre las superficies de las aguas rozándolas con sus pies; a veces, corriendo rápidos bajo la forma de niños de cabellos de oro, o atravesando a nado lagos y ríos, míranlos con ojos fascinadores. Y su voz engañadora nos promete la eterna felicidad en las profundidades de su glauco corazón.»

Las ondinas tienen los más dulces sonidos en sus arpas, y los nixos producen juegos radiantes de esmeralda y ópalo entre la transparencia de las aguas. El encanto es irresistible, y ninguna fuerza humana puede sustraerse a él. El hombre es atraído hacia este universo misterioso. La atracción va en aumento a medida que las apariciones se alejan. Y entonces, ¡pobre de él!..., ha tomado el camino certero que conduce a la comarca donde el señor de las aguas, el gran Nichus, administra justicia en el fondo de los ríos, castigando a los perjuros—si hemos de dar crédito a la vieja, a la viejísima leyenda del país renano.

Saliendo del reino de las aguas, la historia po-

pular de los seres invisibles nos conduce a las regiones en donde viven los enanos, los coboldos y los duendes. «Antaño—dicen—la tierra nos pertenecía. Si las hadas, nuestras protectoras, nos parecen hoy muy lejos, existen genios próximos a nosotros, que nos inspiran en todo instante, que habitan con nosotros y son nuestros dioses titulares. La tribu de los enanos es incalculable, así como un cortejo espiritual y bullicioso y liliputiense de duendes y de coboldos.»

En otros tiempos los duendes se veían obligados a sostener terribles luchas contra sus enemigos mortales, los gigantes y los ogros; luchas en las que perecían a millares, aplastados bajo el peso de un inmenso talón o reducidos a pasta por una enorme dentellada. Pero los enanos vencieron al fin en ese sangriento duelo, librando a la Tierra de la tiranía brutal y mortífera de los monstruos. Contra la fuerza y la crueldad, la victoria se decidió por la sutileza y el espíritu. Este es el símbolo que debemos admirar en la leyenda de los enanos. Hoy los tiempos heroicos están lejos. Los duendes, después de desertar los talleres subterráneos donde forjaban metales y joyas, vinieron a nuestra puerta y pidieron un rincón en nuestro hogar. Hicimos bien en no negárselo. Con los duendes se albergó la fortuna bajo nuestros techos. Su ilusión en la vida es sernos agradables. ¿Y qué decir de los buenos coboldos?... Estos son los más admirables servidores que podéis encontrar. Cuando vuestra criada está cansada, en un

santiamén os aprovisionan de agua, os cortan la leña y os suben de la cueva la cerveza. De noche recorren la casa de uno a otro extremo, armados de escobas y plumeros. Barren la escalera, limpian la vajilla y la batería de cocina, y ponen los objetos en orden. Cuando han terminado, hablan, lanzando esas sus carcajadas infantiles tan proverbiales en Alemania.

Todas las mañanas la cocinera alsaciana prepara un plato especial para los coboldos. En tanto que éstos ayudan a las criadas en sus faenas, los duendes secundan a los palafreneros en las caballerizas: cuidan a los caballos, los limpian y les dan agua. Las «damitas blancas» tienen gustos más aristocráticos: no cuidan más que a los caballos de pura raza, a los finos y esbeltos árabes. Y mientras el palafrenero duerme, trenzan las relucientes y largas crines de sus amigos predilectos.

Los poetas que, rejuveneciendo esta mitología, nos cuentan cuentos a la manera de Perrault, son hoy más numerosos que nunca. Los Catulle Mendès y los Jean Lorrain dejaron numerosos discípulos que realizan el ideal de Saint Víctor, el cual deseaba ver un florecimiento del arte magnífico e ingenuo en que los personajes, como si se escaparan de una tapicería, tuvieron una vida a la vez legendaria y robusta.

«Dadme a la Villis bailando con sus pies muertos en la hierba pálida del bosque—decía el gran crítico—; dadme a la Ondina loca y sin alma, peinando sus cabellos de oro en los bordes de la

fuelle; dadme a la mujer cisne que al llegar a la Tierra se despoja de su traje de plumas; dadme a la walkura que, con sus patines de plata, raya el ópalo sin fin de las nieves escandinavas; dadme las miriadas de duendes, cuyos solos nombres son ya como gotas de rocío brillando bajo el sol; dadme seres minúsculos que se llamen Origán, Marjolano, Flor del Lino, Grano de Mostaza; dadme, sobre todo, hadas, reinas del país de los ensueños, jóvenes eternamente, vestidas de telas que son como arco iris; dadme hadas de todos tamaños, grandes y majestuosas para dominar en las selvas a los pueblos de los espíritus, o ligeras y menudas para resbalar sobre un rayo de luna; ¡dadme hadas!» Y nuestros contemporáneos, oyendo estas palabras, dan al mundo hadas, no para niños, sino para hombres.

Si Peau d'Anne m'était conté
l'y prendrai un plaisir extrême

—decía Verlaine, ya viejo.

* * *

Pero no es sólo en el cuento, su dominio ancestral, donde las hadas reinan de nuevo. En la Pintura, Jean Veber les ha reservado una de las más bellas ínsulas para hacerlas vivir una vida menuda y suntuosa. Cada año, en efecto, los *amateurs* de arte raro se detienen en el salón ante lienzos

de luz caprichosa que representan escenas de encantamiento. Y como algunos de estos lienzos son verdaderas obras maestras, los editores hacen bien en reproducirlas luego para ilustrar los libros infantiles. Aquí veo, por ejemplo, sirviendo de frontispicio a un poema, el cuadro *Le Géant et la Fée*, y más allá, en una revista, encuentro *La Fée et les nains*. Una selva—la selva oscura en que Bibiana arrancó a Merlín su secreto mágico—, la fosforescente selva de Brocelianda, a la hora del crepúsculo, que es la hora de las aventuras feéricas. Armado de su enorme cuchilla, el ogro gigante aparece por la ruta sombría, apartando las ramas de los árboles como si fueran hierbas y malezas. Todo en su ser colosal es verde y gris. Su cabellera, en la penumbra crepuscular, se confunde con las copas de los robles. Sus piernas son como troncos nudosos. En sus manos brilla el arma, y en su rostro los ojos resplandecen. Su aliento hace temblar a los hombres, que huyen despavoridos.

¡Inútil huir! La mano gigantesca los alcanza, y la cena comienza. El ogro necesita todo un pueblo. Ya lo tiene. Ya están allí a sus plantas, agonizando de miedo, centenares de hombres. El cuchillo se alza. Mas al instante mismo, el hada aparece vestida de pedrerías, sonriendo mágicamente, y dice al ogro: «¡Detente!» Y el monstruo enorme, el gigante voraz, deja caer el cuchillo, y dominado por la belleza, arrodillase ante Oriana. Tal es *Le Géant et la Fée*. En cuanto a *La Fée et*

les nains, casi es lo contrario y casi es lo mismo. La selva, siempre la selva en la penumbra, ya no del crepúsculo, sino del alba, con tonos color de rosa en el ambiente y con retozones aleteos de hojas en la espesura. La ruta blanca brilla y serpentea hasta perderse en el horizonte. La reina de las hadas viene de su castillo, coronada de oro, con su traje de gala que dos pajes minúsculos sostienen. ¿En qué piensa la soberana? Seguramente en un príncipe amado, pues sus labios se entreabren en una sonrisa idílica. De pronto, saliendo de todas las malezas, apareciendo entre los troncos de los árboles, surgiendo de entre las piedras, corren hacia ella, en racimos vocingleros, los enanos de la montaña. Todos son iguales de tamaño. En cambio, cada uno de ellos tiene una fealdad especial. Este, con cara de niño, es calvo; aquél parece una mujer con barbas; el otro es un pájaro de presa con bigotes; el de más allá ofrece el aspecto de una cicatriz fresca; y los demás, todos los demás, a pesar de su número infinito, son característicos en sus individuales horrores. Cantando rodean a la reina Hada y se arrodillan para decirle que la adoran, y, lo que es peor, que la desean. ¡Qué miedo! La pobre tiembla, y los pajes se esconden bajo la cola de la falda. ¡Qué miedo! ¡Qué angustia! Con una mirada uniforme, todos los enanos la contemplan ávidos. ¡Ella, alzando los ojos al cielo, implora la protección de sus amigos los espíritus.

En Inglaterra también hay un pintor que, aun-

que menos fantástico, produce impresiones profundas de misterio y de enigma con sus lienzos feéricos. Se llama V. Glehn. Su obra maestra se titula *¡L'Enchantement de la Fôret*.

¡L'Enchantement de la Fôret! El encantamiento de la selva; una floresta de teatro y de *féerie*, un hechizo de luces artificiales, todo lo convenido y todo lo conocido; los *trucs* de los maestros decoradores, la habilidad de los que pintan escenarios. Pero hasta lo más pomposo de la obra está animado por una intensa vida interior que sugiere ideas de hechicería. Un cielo cuyo fondo es de azul mineral, de color de diamante de Hope, mejor dicho, con reflejos oscuros, *blue black* y ala de cuervo; un cielo de tempestad wagneriana cuyo tono dominante va degradándose en tintes menos profundos, en gamas variadas de azules luminosos, hasta llegar a fundirse con el matiz terrestre en verdes claridades sobre las cuales algunos árboles gigantescos se destacan cual fantasmas quietos. La tierra es áurea. Las rocas son áureas. Todo es áureo en el suelo: los senderos que se retuercen, y la ruta que allá lejos se arrastra, y la llanura misma. El aire, que arriba tiene la pesadez angustiosa de los ambientes de aquéllar, aligérase, dorándose, al acercarse al suelo.

Los troncos simétricos de una alameda plantada a la manera primitiva, rayan de verde sucio el fondo. Las márgenes superiores de un arroyo en el cual los colores del cielo se reflejan, son de llama con todos los tintes ígneos, desde los más

intensos de hoguera, hasta los más ligeros de alcohol. De cerca parece este incendio de la tierra un hacinamiento de vidrios que humean. De lejos, el miraje es admirable de realismo teatral. Seis mujeres pueblan este paisaje. Helas aquí, en el momento en que despiertan, estirando sus miembros de nácar. Todas son iguales. Son seis Bibianas o seis Yolandas. Sus altos talles que ondulan sin voluptuosidad, en cadencia desdeñosa, soportan las corolas encendidas de los rostros. Y con sus cabelleras de fuego, las seis hadas hacen pensar en flores del mal, en inmensas flores de pecado y de crueldad, en flores monstruosas cuyo perfume, dilatándose en ondas de helado vicio, mancha el cielo de nubes oscuras.

* * *

En el teatro también, durante estos últimos años, las hadas han reaparecido. Sin contar los arreglos nuevos hechos por Maurice Bouchor de los *féeries* de Shakespeare, siempre se puede aplaudir, cada temporada, más de una obra de encanto. Recordemos algunas de las que más éxito han obtenido. Del poeta Ed. Diet, *La araña de oro*. El intrépido Amadís, caballero casto, parte guiado por el cuervo áureo hacia la comarca del amor maldito, con objeto de libertar de la cautividad amorosa a todos aquellos incautos que han caído en las redes del hada Oriana. Para atizar su entusiasmo, el cuervo le refiere en el camino

los tormentos que sufren los cautivos. «Viven—le dice—, si tal cosa es vivir, ardiendo en las llamas cárdenas del deseo, y no tienen cada día sino un minuto de ventura, que es aquel en que ven a la divina Oriana peinar sus cabellos de luz.» Amadís llega al fin a la comarca del amor y toca su trompa de guerra. Los cautivos se estremecen llenos de esperanza. Pero Oriana, desdeñosa, ríe; y para resistir a la espada abre su tela de araña, se coloca en el centro y comienza a peinarse la áurea cabellera. La mano guerrera tiembla. Y es en vano todo esfuerzo, es inútil todo coraje. El caballero casto sucumbe y entra a formar parte del rebaño maldito que se incendia en su propio fuego. *Mirka la encantadora*, por Boyen y Polonnais, es la historia de una princesa y de un príncipe que se aman, a pesar de un rey vecino que querría casarse con ella y de una reina cercana que querría casarse con él. La guerra se hace necesaria. Los reyes enemigos se unen. «¡No importa—exclaman los príncipes—, lucharemos hasta vencer! La juventud es favorita de la victoria.» Sólo que, por desgracia, las tropas regias son más numerosas que las tropas principescas, y vencen. ¿Qué hacer? Los príncipes están a la merced de sus vencedores. «Es necesario entregarse», gimen. Pero en aquel momento un hada aparece, y cantando canciones guerreras, dispersa los reales ejércitos. *El príncipe Riquet* es una obra maestra del género. La princesa Rosa es linda como una rosa; pero, ¡ay!, es tan tonta...; mien-

tras el príncipe Riquet es sutil como un encantador; pero, ¡ay!, es tan feo... Y ella, más entusiasta del talento que de la belleza, se enamora de él. Y él, desdeñoso de la inteligencia, pero fanático de la gracia, se vuelve loco por ella. Sólo que éste piensa: «¿Cómo me va a querer, ella tan linda, siendo yo tan feo?»; mientras aquélla murmura: «¡Jamás un sér tan sabio amaré a quien, como yo, encarna la ignorancia!» Y así permanecemos largo rato, viendo pasar a los gnomos y a los elfos, hasta que un hada protectora une las manos y los labios de los príncipes. *Le Chateau de Koenigsburg*, de Félix Dupont, es, si no más grave, ya que nada es tan grave como el amor de dos príncipes, por lo menos más triste. Las hadas, aquí, no ríen. Son hadas guerreras, que tienen necesidad de luchar contra los bandidos de la montaña. Naturalmente, vencen. ¡Pero al cabo de cuántas penas! Los bandidos se han robado a Odette, la novia del caballero Rolando. Este, aunque es el más bravo de los hombres, llora cual la más débil mujer, hasta que Bibiana, en una apoteosis, le devuelve a su adorada Odette.

He recordado de memoria estas obras teatrales, representadas en el transcurso de los últimos años; pero recurriendo a una colección cualquiera de revistas, seríame fácil encontrar la huella de otras muchas. Porque nuestra época, tan prosaica, en su perpetua contradicción se complace, más que ninguna, en oír historias de encanto. «Y esto prueba que la prosa actual no es más que su-

perficial»—dice Anatole France, el gran doctor en ciencias feéricas, el teórico de las hadas.

* * *

¡Doctor en ciencias feéricas!

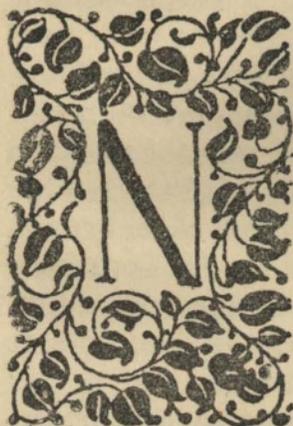
No creo que al maestro le disgustase este título, al cual le da derecho un opúsculo que acaba de editarse nuevamente, y que se titula *Dialogue sur les contes de Feés*. Oíd algunos fragmentos de este tratado:

«*Feé*, en francés; en italiano, *fata*; en español, *hada*; en portugués, *fada*; en provenzal, *fade*, se deriva del latín *fatum*, que significa destino. Las hadas resultan de la concepción más dulce y más trágica, más íntima y más universal de la vida humana. Las hadas son nuestros destinos. Un rostro de mujer sienta bien al Destino, que es caprichoso, seductor, lleno de encanto, de inquietud y de peligro. No lo dudéis: cada uno de nosotros tenemos como madrina una hada que deposita en nuestra cuna dones venturosos o terribles. Contemplad a los hombres, preguntaos por qué son felices o infelices, y veréis que la única razón es la voluntad de las hadas. Para dar gusto a los hombres graves, convengamos en que los cuentos de hadas son absurdos e infantiles. ¿Pero acaso la *Iliada*, que también es infantil, no es el más bello poema que existe? La poesía más pura es la de los pueblos nuevos. Los pueblos son como el ruiseñor, y no cantan bien sino mientras tienen

el corazón alegre. Al envejecer se vuelven solemnes, sabios, meticulosos, y sus mejores poetas no son ya sino magníficos retóricos. *La bella del bosque durmiente* es cosa pueril, sí; por eso se puede comparar con la *Odisea*.»

Ya lo oís. Y ahora, si los libros graves os interesan más que las frívolas historias de hadas o de gnomos, no leáis ni a Mardrus ni a Perrault... Leed a Paúl Bourget, y en el pecado llevaréis la penitencia...

LOS MALANDRINES DE PARÍS



o teniendo ya esperanzas de destruir a sus apaches, los parisienses quieren ahora refinarlos. «Sed en buen hora malandrines — les dicen —, puesto que para eso habéis nacido; pero sedlo con generosidad, con galantería y con elegancia.» La elegancia, sobre todo, es lo que París desearía. La grosera conducta de sus bandidos, lo humilla. Esos pálidos señores de horca y cuchillo que terrorizan los barrios bajos, y que no respetan ni la belleza ni la infancia ni la debilidad, no son dignos de inspirar novelas y romances. ¡Oh, si en vez de ser así tuvieran un sentimiento noble de la estética del bandolerismo! ¡Si supieran vender sus vidas con arrogancia! ¡Si, en ciertos casos, lejos de robar socorrieran, y lejos de matar protegieran! ¡Si

fueran más románticos, menos prácticos! Y París, el buen París, que siempre ha sido adorador de lo pintoresco, evoca las figuras de los salteadores de antaño y las ofrece, coronadas de laureles, a la admiración de los bandidos de hogaño. Toda una literatura callejera, en efecto, florece gracias al neorromanticismo espeluznante. En las cubiertas de los libros baratos, la bizarra silueta del bandolero magnánimo destácase envuelta en su capa rutilante. «Es el pan de los pobres» —murmura Jules Claretie. Pero la verdad es que comienza a ser el pan de todos. ¿No ha escrito el grave historiador Brentano una obra sobre Maudrin, obra que hoy entusiasma más que la mejor novela? Pues esa obra no es sino una adaptación docta de la literatura del arroyo. Y tal vez es algo más, y tal vez es algo peor. Tal vez es un breviarío, un *pendant* al libro célebre de Tomás de Quincey, algo como un manual que podría titularse: «El bandolerismo considerado cual un arte decorativo.»

Me diréis que Fruk Brentano no se toma ni aun irónicamente la libertad de celebrar la grandeza de los crímenes de su héroe. Es cierto. Pero hasta conservando, como conserva, la más estricta impersonalidad, se le ve el entusiasmo. Cada vez que refiere una aventura heroica y galante de su bandolero, se adivina el regocijo de su alma.

«Así eran los de antaño—parecen decir—; así eran, justicieros, finos, caballerosos, y no crueles y duros y groseios como los de hoy.» La deca-

dencia, en realidad, es sensible. Entre un apache del bulevar de la Villete y un contrabandista de la Compañía de Maudrin, hay la misma diferencia que entre un oficial del mariscal Mauricio de Sajonia vestido de encajes y un guerrero africano. Mas en esto, lo mismo que en otras cosas, tal vez hay que culpar menos la degeneración de las almas que la reforma de la vida material. ¿Cómo, en efecto, conciliar las nobles maneras de un Fra Diávolò, o de un Cartouche, con las redes ferroviarias y la organización policíaca de nuestro siglo? Para ser capitán de bandoleros había necesidad de una vida lenta y patriarcal. La rapidez es la piedra angular de las aventuras. En cuanto un salteador va más despacio que los gendarmes, ya su prestigio desaparece. No hay sino ver la importancia que el mismo Maudrin daba a sus monturas, para comprenderlo. En el libro de Brentano encuentro, a este respecto, una anécdota significativa. Caminaba el gran contrabandista por la carretera de Lyon, después de haber hecho una fructuosa campaña, y no tenía necesidad de oro ni precisión de víveres. Los carros de los campesinos pasaban, cargados de trigo, sin despertar en su alma codicia alguna. Con su eterna sonrisa en los labios, saludaba a todo el mundo campechanamente, y seguía su ruta. Para lo único que se detenía, de vez en cuando, era para socorrer a algún desvalido. Pero, de pronto, un coche apareció en lontananza entre nubes de polvo. Los campesinos se apartaban para dejarlo pasar,

temerosos de que en su vertiginosa carrera los aplastase. Al verlo, Maudrin requirió el trabuco y lo obligó a pararse. Luego, haciéndolo rodear por su gente, acercóse a la portezuela y dijo, lleno de galantería, a la pareja que iba dentro:

—Perdonad si os detengo, pero vuestros caballos me convienen. Decidme el precio que valen y os los pagaré en el acto. Bestias tan rápidas en manos que no sean las mías, me inquietarán siempre.

Los dueños del coche se apearon. Cuatro días después un hombre misterioso les entregaba en pleno Lyon el precio de los caballos, más una pieza de brocado que el gran contrabandista enviaba como regalo a la dama, para que le perdonara el haberla obligado a andar algunas leguas a pie.

Hoy lo único que puede vencer a los ferrocarriles, lo único que puede pasar entre las redes de la policía, lo único que puede engañar a los jueces, es la astucia. Los asesinatos y los robos a mano armada no producen nada. El que se decide a lanzarse al bandolerismo lleva una vida miserable y acaba en la cárcel o en la guillotina antes de muchos meses de ejercicio. Una siniestra estadística prueba que los asesinatos no producen, término medio, sino diez y ocho francos cincuenta. En cambio el arte de estafar se encuentra en su edad de oro. Cada mañana hay una revelación que nos deja a todos espantados. ¿Habéis leído el proceso de los diamantes?

Un químico sin fama, Lemoine, ha logrado sacar a personas que parecen de la raza de los linces más de dos millones de francos, prometiéndoles que iba a fabricar para ellos diamantes iguales a los del Cabo. Con una maña que Ulises le envidiaría, ha hecho experimentos ante banqueros y lores. «En mi presencia—dice un millonario inglés—compró en algunas farmacias unos paquetes de polvos misteriosos; delante de mí los mezcló y los puso en el fondo de un crisol que yo mismo había examinado; delante de mí introdujo el crisol en un horno eléctrico, donde lo dejó durante media hora; delante de mí, en fin, sacó luego el crisol y lo rompió.» En cuanto a los diamantes que salieron del crisol, el millonario los enseña. «Son perfectos», contestan los joyeros llamados a examinarlos. Y es necesario esperar semanas y semanas para llegar a averiguar que Lemoine, procediendo con la sencillez de un prestidigitador de pueblo, servíase de crisoles de doble fondo, en los cuales escondía unos cuantos diamantes brutos.

Nada es esto, sin embargo, comparado con otras invenciones. Los sabios han preparado ya el terreno de los alquimistas. El gran Berthelot murió convencido de que la transmutación de los metales es, en principio, posible, y Moissan logró fabricar algunos diamantes minúsculos. El rubí artificial es idéntico al natural. Centenares de químicos trabajan por reconstituir las demás piedras preciosas. Pero ¿qué me decís del otro inven-

tor descubierto en estos últimos días y que también había ya logrado sacar del bolsillo de sus contemporáneos cerca de medio millón de francos? Este había encontrado nada menos que la manera de transmitir la fuerza motriz sin hilos ni correas, lo mismo que Marconi transmite la palabra telegráfica. En un sitio cualquiera, en un torrente de preferencia, establecía un motor. Con ese motor transmitía a leguas de distancia la fuerza a otro motor cualquiera. Los experimentos daban resultados sorprendentes. El motor receptor se hallaba colocado en una mesa, ante todo el mundo. El milagro era visible. Los capitalistas se preparaban a darle muchos millones por su parte. Pero, ¡ay!, un ingeniero diabólico tuvo la ocurrencia de cortar los cuatro pies de la mesa sobre la cual reposaba el motor, y vió que por uno de ellos pasaban dos alambres que ponían en contacto la máquina encantada con la canalización del alumbrado público.

¿No son estos los verdaderos Fra Diávolos, los verdaderos Maudrins, los verdaderos Cartouches de nuestra época? ¿No encarnan en sus sutiles osadías la misma alma aventurera que antaño encarnaron los grandes salteadores de caminos?

Yo, por mi parte, jamás pude sustraerme a la admiración que me causan esos seres extraordinarios que saben servirse de la habilidad lo mismo que sus abuelos se sirvieron de la fuerza. Hasta las razones que Maudrin daba para excusar sus acciones, se encuentran en ellos.

—Yo decía una abuela de Lemoine, la gran Teresa Humbert—no le he hecho daño a nadie, sino que, al contrario, he castigado a algunos usureros que explotan y atormentan a la gente pobre.

Ahora bien: comparad esta idea con la que Brentano expone en su libro, y veréis que todo, con diferencia de los medios de acción, es igual a través de los siglos. En la época de Maudrin, es decir, cuando el régimen monárquico agonizaba en Francia, los verdaderos tiranos del pueblo eran los *fermiers* y los *sous fermiers* generales, que representaban al Fisco en lo que tenía de más odioso, es decir, en sus monopolios. Pero cuando hoy decimos «monopolios», no nos damos cuenta de lo que la palabra significaba entonces. El monopolio de la sal, por ejemplo, era un odioso, un inicuo método de expoliación. Cada habitante del reino tenía la obligación de comprar siete libras de sal por año para sus alimentos personales. Si se le ocurría regalar un puñado a su vecino, multa; si le daba otro puñado a su caballo o a su vaca, cárcel; si salaba con eso un jamón o un pescado, azotes. Para todo uso que no fuera la cocina, la sal debía comprarse aparte, a un precio diferente. «Si una vaca había bebido el agua del mar o de una fuente salina—dice Brentano—el animal era confiscado y su dueño pagaba trescientos francos de multa. Si un campesino no compraba las siete libras cabales en el año, el *fermier* le confiscaba sus tierras o sus muebles.»

Los únicos que se atrevían abiertamente a luchar contra esta tiranía eran los contrabandistas. Por eso el pueblo, lejos de delatarlos, como la ley lo hubiera querido, se complacía en protegerlos. Cuando los veía en mal camino, los prevenía del peligro.

—¡Cuidado con la horca!—gritaban los campesinos a Maudrin al verlo demasiado cerca de los dragones.

La menor falta, en efecto, era castigada con la pena capital. Una ordenanza que Brentano cita, estableció así las penas: por la primera tentativa de contrabando, doscientas libras de multa; por la segunda tentativa, seis años de galeras; si en esta segunda falta se habían servido de un caballo, nueve años de galera y trescientas libras de multa; si no podía pagar la multa, azote y marca con hierro candente; si estaban armados los contrabandistas, por cualquier falta, pena de muerte. Ya lo veis, pues; de todos los castigos, el único aplicable era la horca, la vil horca, puesto que contrabandista sin trabuco y pistolas es como árbol sin hojas.

Maudrin no sólo tenía armas, sino uniformes. Su cuadrilla era un ejército reducido y valeroso. En los pueblos, la gente les veía aparecer sin gran miedo. Ya se sabía que si llevaban malas intenciones, no era contra el pobre campesino, contra el burgués humilde, sino contra los representantes del rey y de los monopolios. La primera operación que llevaban a cabo al entrar en una

localidad consistía en dirigirse hacia la administración de los estancos y apoderarse del dinero contante y sonante. En cambio de ese dinero, daban al monopolio tabaco traído de Suiza o sal recogida en Provenza. Lo que les quedaba, repartíanlo a precios módicos entre los habitantes pobres del lugar. Luego, tranquilos, los buenos contrabandistas se iban, seguros de que los gendarmes llegarían tarde. Heroicos y galantes, sabían ofrecer cintas a las damas y estocadas a los dragones. ¿Qué más podía pedirse de ellos? Una tarde, como los habitantes de una villa se habían armado y juraban que no permitirían a los bandidos que entraran, Maudrin dejó sus gentes en las afueras y solo, sin armas, penetró en el recinto de la población. Los aldeanos, entusiasmados, aplaudieron aquel acto de arrojo. Pero los dragones, que andaban cerca, persiguieron al capitán atrevido y al cabo de poco tiempo lo prendieron. Su muerte, al decir de su confesor, fué ejemplar.

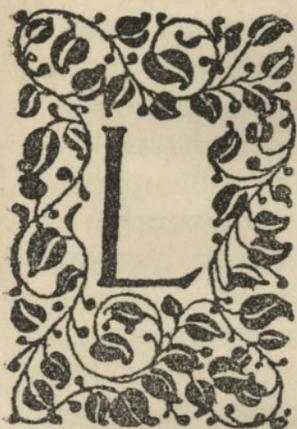
—En el fondo—decía al ir hacia el cadalso—yo no le he hecho daño sino a los ricos, a los explotadores del pueblo, a los tiranos de la gente pobre.

Siglo y medio antes, este es el mismo discurso de Teresa Humbert. Y es probable que mañana, cuando Lemoine vaya camino de la cárcel, dirá a su abogado:

—En el fondo, yo no le he hecho daño a nadie... Al contrario... Los dos millones que me dieron los grandes capitalistas ingleses, yo se los dí a los obreros de Francia...

Lo único que ha desaparecido, en realidad, es el trabuco y la capa. El alma aventurera vive y vivirá siempre. Se ha hecho sutil, eso es todo, y en vez de amenazar, convence. Ya Ulises, hablando al hijo de Aquiles, le decía en la *Iliada*: «En otro tiempo yo tenía también el brazo activo y la lengua perezosa; mas hoy estoy convencido de que es la palabra hábil la que domina al mundo.» Ulises es el patrón de los tiempos modernos.

LA PASION DE LOS MONSTRUOS



AS damas que establecen las modas raras y que hacen cambiar el rumbo del snobismo según el capricho de sus nervios, acaban de declararse locas por los enanos. Todo, en efecto, es para los enanos, todo por los enanos, todo de los enanos. En las comedias veraniegas de los *cabarets* mundanos, los buenos poetas montmartreses tienen la estricta obligación de introducir por lo menos un enano. En el Bosque, a la hora de las elegancias, basta que un sér liliptiense vaya sentado en el pescante de un automóvil, al lado del cochero, para que los grupos femeninos no se fijen sino en él. Un minúsculo camarero ha hecho la fortuna de un café del barrio de la Estrella. Otro sér menudo, cantor de coplas escabrosas, atrae infinidad de gente a cier-

to *music-hall* del bulevar de Clichy. «¿Quién no tiene su enano?», gritan los vendedores ambulantes ofreciendo monos contrahechos de cartón o de goma. Y, por mi fe, entre la gente novelera, no hay quien no lo tenga; por lo menos, pintado. Con el ingenio que los caracteriza, los editores de estampas hanse apresurado a publicar una serie, no completa, pero siempre muy bella, de enanos de Velázquez. *Les cinq tipos du nain* titúlase un álbum que acabo de comprar. ¿Queréis ver los cinco tipos velazquinos? Este primero es el Primo bufón, sabio y grave y triste; su amplio chambergo de fieltro esconde su cráneo calvo, y sus manos se pierden entre las páginas de un legajo... Este otro es el niño de Vallecas: el horrible, el alucinante niño monstruo, cuyos ojos parecen muertos y cuyos labios carecen de sangre... El tercero es Antonio el Inglés, suntuoso, garboso y orgulloso al igual de sus amigos los cortesanos de Castilla; a su lado un enorme lebril lo hace parecer aún más menudo y más gordo; su sombrero es más grande que sus piernas; sus brazos son del tamaño de una pluma de gallina... El de más allá es San Sebastián de Mora; el melancólico Sebastián de rostro minúsculo y perfecto, de mirada profunda, de actitud serena; el Sebastián que sueña, sin duda, sueños mayores que su cuerpo... El último, en fin, es una mujer, un engendro femenino de labios delgados, de gesto agrio, de ojos hostiles: la Barbola.

Pero no son estas criaturas de Velázquez, ni las

innumerables imitaciones de sus continuadores, las que más ocupan y más preocupan. Las damas parisienses quieren enanos y enanas en vida: enanos que hablen, enanos que amen, enanos que sufran. ¡Hay tal misterio en esos seres sumarios y contrahechos! Yo me figuro a una de las aristocráticas heroínas de la condesa de Noailles o de Octave Mirbeau, reflexionando, durante sus largas horas de ocio, en el enigma de un alma de enano y en el orgullo de conquistar esa alma. ¿No hay acaso una voluptuosidad infinita en inspirar pasiones a los monstruos?... La *Leyenda Dorada*, que es el espejo ingenuo de todos los horrores eróticos de la Edad Media, está llena de ejemplos de trasgos ante los cuales la virtud de las santas se siente a punto de desfallecer. Sin ser exactamente santas, las extrañas mujeres modernas que inspiran a los novelistas sus obras más perversas se estremecen hoy de sólo pensar en el sabor de un beso liliputiense, como allá en la época lejana en que Jean Lorrain había puesto de moda las máscaras se estremecían pensando en caricias de frenéticos hombres de rostros ocultos. «La gloria de París—dice Baudelaire—es que contiene cien ciudades diferentes.» Ahora bien: entre estas cien ciudades, por lo menos hay tres o cuatro en las cuales el desequilibrio es un estado endémico. Son las ciudades que inventan las locuras artísticas y los vicios extravagantes. Son las ciudades del opio, de las ensaladas de éter, de las fiestas macabras, de las flores exóticas, de las

mujeres lívidas, de las misas negras, de los ritos ocultos, de los poetas melencólicos, de los amores morbosos, del goguinismo pictórico... Son las ciudades que viven en perpetua alucinación y en perpetua fiebre... Para ellas se construyeron antaño las capillas demoníacas... Para ellas se hicieron las exposiciones de Rops y de James Ensor... Para ellas fueron las fiestas del barón Adelesward... Para ellas, en fin, un sabio manager recién llegado de Buenos Aires ha fundado en el Jardín de aclimatación una verdadera aldea de enanos, que se llama El Nuevo Liliput.

Lo mismo que todo el mundo, yo he ido a visitar ese pueblo excéntrico, cuyos ciudadanos son del tamaño de mi bastón. La *mise en scène* es perfecta. Cada liliputiense se presenta vestido con el traje que mejor puede hacer resaltar su carácter. Uno de ellos, rubio, fresco, de aspecto robusto en su menudez, ostenta con orgullo un uniforme de bombero. Otros remedan a los policías franceses con sus esclavinas azules y sus sables cortos. Uno, que es negro y que tiene unos ojos admirables y unos dientes como perlas, se pasea vestido de almirante haitiano. Los dos más esbeltos llevan trajes andaluces y se envuelven en capas deliciosamente caricaturescas. Los suizos son más de cuatro, y con sus medias blancas, sus tirantes bordados y sus sombreritos adornados de plumas de gallo, parecen muñecos para adornar una vidriera. Pero lo que más abunda, como es natural, es el tipo del caballero contemporáneo en sus di-

versas formas. Y es de ver la majestad con que unos se envuelven en levitas profesoriales, y la gracia con que otros usan el frac de ceremonia, y la campechanería con que los demás se meten las manos en los bolsillos de la americana.

—¿No le choca a usted la fealdad de casi todos esos pobres seres?—me pregunta un médico que se pasa en el Nuevo Liliput los días enteros, tratando de estudiar la psicología del enano.

—No, le contesto.

Y, en efecto, lo que me choca no es la fealdad de muchos de ellos, sino la perfección de algunos, pues así como los hay que son verdaderos corriga-nes, los hay también que son modelos de belleza masculina. Uno, sobre todo, un tal Delfín, que apenas mide ochenta centímetros de alto, parece la reducción primorosa de un efebo antiguo. Nada en él denota la degeneración. Su sonrisa es clara, su mirada es franca, su palabra es armoniosa. Habla de todo sin afectación y de todo habla bien.

Pero no es ni éste, ni ninguno de los demás que sólo son miniaturas humanas, los que seducen a las señoras raras y entusiasman a los caballeros del andante snobismo. Para estas damas y para estos señores, lo más bello es lo más espantoso. Los que además de ser diminutos son contrahechos, los que tienen ojos de poseídos, los que se retuercen en muecas diabólicas, los que apenas pueden mover sus piernas adiposas, los que caminan con fatiga grotesca bajo el peso de una joroba, los que sostienen con pena una cabeza

enorme sobre un busto raquíptico, los que parecen escapados de los lienzos de Velázquez, los atroces muñecos de pesadilla, en una palabra, esos son los que atraen, los que cautivan, los que interesan.

Hay enanos de éstos —me asegura el médico— que ejercen una verdadera fascinación en el ánimo de las mujeres desequilibradas que vienen a verlos. El número de cartas de amor que cada uno de ellos recibe es incalculable. Y no crea usted que se trata de pura novelería del momento. El enanismo ha existido siempre en el mundo, y en más de una ocasión se ha manifestado con tanto furor como ahora. La historia nos habla de la pasión de algunas damas romanas por sus enanos. Los césares mismos, como cualquiera de nuestros grandes *snoobs*, complaciáanse en contemplar a los enanos. Augusto erigió una estatua a un enano. Tiberio le permitía a un enano que criticase en alta voz su política. Los enanos luchadores de Domiciano fueron famosos. Pero esto no es nada si se compara con el furor que en la Edad Media hacían los liliputienses. Aquellas damas seráficas que vemos en las tapicerías descoloridas con sus velos flotantes y sus altos tocados, no siempre desdénaron a los monstruos. En la corte de todos los reyes, el obligatorio enano era don Juan. Y tampoco puede decirse que el Renacimiento, con su culto de la armonía, con su amor de la belleza perfecta, haya curado a nuestras abuelas del entusiasmo por lo estrambótico. La historia del bu-

fón Jeffery Hudson, que sedujo en la corte de Inglaterra a más de cien damas de la reina, es una prueba de lo que le digo a usted. Hoy, al contrario, el enano, aunque aún seduce a las desequilibradas, ya no es un conquistador tan peligroso como antaño. Perdiendo los trajes de cortesano y los títulos de nobleza que los reyes les daban, los liliputienses han perdido algo de su prestigio. La democracia no es el estado social que más los favorece. Así, hay que ver lo poco republicanos que son cuando uno los estudia a fondo.

Sin estudiarlos a fondo como el médico que me habla de este modo, yo creo que he podido notar el amor de los títulos que existe entre los muñecos vivos. En la Nueva Liliput, en efecto, hay dos enanos que son nobles: conde y condesa o marqués y marquesa, no lo recuerdo a punto fijo. Pero lo que sí recuerdo es que ambos tienen caras chatas, cuerpos obesos, actitudes pesadas, maneras grotescas y trajes sin elegancia. Sin ser horribles, tampoco son agradables. Hablan mal, tartamudeando, y repiten las palabras. Tienen, en fin, un orgullo que ofende. No obstante, todos los demás enanos parecen respetarlos, y admirarlos, y envidiarlos.

—¡El prestigio del título nobiliario!—exclama el médico.

Luego, con verdadera melancolía, agrega:

—Y, sin embargo, esa pareja no tiene nada de envidiable. El «enanismo» de que padece es el más triste de todos, el que, sin reserva, puede

considerarse como una verdadera enfermedad, y que se llama, en términos doctos, el *pottismo* o mal de Pott. ¿Sabe usted lo que es este mal?... Es la consecuencia de una tuberculosis vertebral infantil. La tuberculosis destruye algunas vértebras en el niño, que desde ese momento deja de crecer de un modo normal y se ensancha, y se achata, y se tuerce. Entre los enanos de Velázquez hay uno que presenta todas las características del *pottismo*. Es el niño de Vallecas. Cuando uno ve a cualquiera de estos enfermos y piensa que antiguamente no servían sino para hacer reír a los reyes, no puede menos de reconocer que la piedad ha hecho progresos en el mundo. Hoy, por lo menos, se les respeta y se les ama... No me refiero, claro está, al amor de esas desequilibradas que buscan un beso de monstruo como otras buscan una orquídea fenomenal... No... Eso es repugnante... El verdadero amor es el de las buenas y nobles gentes que, sin interés ni snobismo, fundan obras pías destinadas a recoger y a cuidar a estos pobres seres contrahechos.

LA INFLUENCIA DE LAS NOVELAS POLICÍACAS



os lectores que se deleitan con las muy ingeniosas y muy inquietantes páginas de las *Aventuras de Sherlock Holmes*, no pueden figurarse la influencia que ese librito ejerce actualmente en Francia. Y no me refiero a influencia intelectual. Aquí los que más tarde comprenden o admiran lo que viene de fuera son los escritores.

Cuando el público todo, allá a mediados del siglo pasado, había sentido, leyendo a Edgar Poe, el gran estremecimiento del miedo y de la angustia, los pontífices de la crítica no querían aún ver en los cuentos del divino yanqui sino extravagancias. «Es, en verdad, ridículo—decía Baudelaire al notar que nadie quería publicar el *Escarabajo de Oro*—que un escritor de genio sea rechazado, cual un imbécil, de todas las revistas parisienses.»

Ridículo y eterno. Pero, por fortuna para Poe y Doyle, no son los críticos los que hacen la fama de los libros. Así, *Sherlock Holmes*, ignorado de los Doumic, de los Ernest Charles, es popular entre la gente y hasta ejerce, como os lo digo, una influencia muy considerable, muy transcendental y muy trágica.

* * *

Trágica, sí...

Porque es entre los magistrados, entre los policías, entre los que tienen la misión social de descubrir y castigar los crímenes, entre los que más hondamente ha penetrado la garra del detectivismo deductivo.

Antaño el juez francés era un burgués lleno de buen sentido y enamorado del ingenio. Cuando se veía en presencia de un auditorio numeroso y selecto, en los días de grandes procesos, esforzábale, ante todo, por hacer, a costa del reo, los más elegantes alardes de *esprit*. Su mayor gloria consistía en obligar a sonreír a los abogados, a los jurados, a los testigos, a los fiscales, a los defensores y aun a los mismísimos acusados. La manía, aunque irritante, era ingenua. Las sonrisas llegaban a veces a disminuir la gravedad de la audiencia en favor del *prévenu*. Pero estas dulces costumbres ya no existen sino en pueblos añejos, en subprefecturas anticuadísimas. En París, en Marsella, en Burdeos, en Lyon, en todos los grandes

centros de criminalidad, el juez nuevo es un lógico a la manera de Sherlock Holmes, un lógico cruel, duro, incapaz de emoción y de piedad. Las pruebas materiales le importan poco. Las declaraciones de los expertos lo dejan frío. La misma evidencia le parece cosa poco apreciable. Y esto consiste en que el mecanismo cerebral ha cambiado, complicándose, refinándose, haciéndose más sutil y menos sentimental. ¡Qué digo sentimental! La palabra misma choca como un anacronismo. El nuevo magistrado se avergonzaría de la menor muestra sensitiva, como de un vicio original. Su misión no consiste en buscar la verdad, sino en obtener la condena. Que un acusado escape a la cárcel, y se diría que una desgracia terrible ha caído sobre su cabeza venerable. Mas, en cambio, ¡cuánta alegría, cuánto gozo en su semblante cuando los jurados declaran culpable sin atenuaciones a cualquier infeliz!

El último proceso grande ha sido, en este sentido, un proceso típico. Se trata de madame Canaby, noble dama bordelesa, acusada de haber tratado de envenenar a su propio marido. El presidente del tribunal proclama, desde el primer momento, su convicción absoluta, inquebrantable, de que la *prévenue* es culpable. Y es en vano que el marido mismo venga al pretorio y con una sencillez sincera diga: «Yo no creo a mi mujer criminal.» ¡Oh, momento sublime de angustia y de bondad! El hombre bueno ha hablado. Después de hablar, aléjase pensativo, cabizbajo, plegándose

ante el peso de todo el dolor del mundo. Y pasa junto a la que fué su compañera y oye que sus labios pálidos exclaman: «¡Emilio, te amo, te amo, mil gracias!» Y todo el mundo en el auditorio se conmueve—todo el mundo menos el juez, que continúa impassible, vestido de rojo, cual un verdugo, inmovilizándose en su alto sitio, soberbio, helado. Y en vano, más tarde, los sabios de las academias, que han estudiado científicamente el caso, vienen a decir que no hay tal veneno ni tal envenenamiento. El juez no los oye. Su convicción es siempre la misma. Con calma vuélvese hacia la acusada y la dice:

—Está bien... No hay trazas de veneno... Eso pasa siempre que se emplean muy altas dosis... Usted no tenía idea exacta del valor tóxico de los productos que empleaba... Gracias a eso su marido está sano y salvo. Pero lo mejor es que usted misma confiese su crimen... Vamos, confíeselo usted...

En el acto el defensor se pone de pie y dice:

—Señor presidente: lo que usted asegura se aplica al láudano; pero no a la digitalina ni a la aconitina, que es de lo que se trata. Los expertos lo acaban de decir...

—¡Los expertos—exclama el juez—, los expertos no saben lo que dicen!

La frase cae en el silencio de la sala cual una bomba. El mismo *Fígaro*, defensor de todas las magistraturas, tiene que confesarlo y dice:

«Les protestations les plus bruyantes éclatent

aussitôt dans l'auditoire. Les magistrats assesseurs échangent des regards inquiets, et le procureur général lui-même semble atterré. Mais le président paraît avoir perdu tout à fait la raison et le voici qui répète encore, avec la ténacité d'un malade pris de fièvre:

—Si c'est comme pour le laudanum, vous avez dû donner à votre victime une dose de poison trop forte et cette circonstance seule l'a sauvée. Je vous répète que les experts ne peuvent savoir. Il y a cent ans, personne n'aurait cru que le laudanum à très forte dose était inoffensif, et cela est vrai pourtant. Dans cent ans, on saura peut-être qu'il en est de même pour la digitaline et l'aconitine. Aujourd'hui, les experts en sont encore pour ces deux substances à la période de l'incertitude.»

Para comprender lo extraordinario de esta actitud, hay que saber que los expertos, sabios eminentes, han dicho en su declaración lo que sigue:

—Querer deducir del estudio de este asunto una presunción de crimen, sería hacer una obra criminal.

Pero al juez no le importan las palabras. Ni los expertos hablando con esa buena y ruda franqueza, ni el defensor protestando en nombre de la ley contra su actitud incomprensible, ni el ataque de nervios y de lágrimas de la acusada, ni los rumores hostiles del público, ni la misma indignación de los jurados, lo conmueven. En su crueldad, es un convencido. Cree que su misión consiste en

obtener condenas a toda costa. Lo cree de buena fe.

* * *

Pero hay entre los casos célebres uno más típico aún: el de Milly. La historia vale la pena de ser conocida y meditada. Figuraos que una mañana aparecen asesinados en su casa de campo un señor Bierne y su sobrina. En el acto el juez de instrucción abre un sumario, interroga a los vecinos, dicta órdenes de autopsia, examina los papeles de las víctimas y estudia sus vidas. Todo es en vano. Nadie ha visto nada. Nadie ha oído nada. Los mismos perros del muerto parecen no haber notado la menor cosa, puesto que en la vecindad se declara que no ladraron en toda la noche. El juez comienza a inquietarse. De pronto, un rayo de luz ilumina su cerebro. El marido de la muerta es un carnicero que vive en un pueblo lejano, a cien leguas de distancia. Lo llama por telégrafo. El pobre hombre llega. En el acto el magistrado lo examina. Todos sus gestos, todas sus palabras, le parecen sospechosas. Ese tiene que ser el asesino. Y sin esperar siquiera algún indicio serio, alguna prueba formal, lo hace encarcelar. La noticia sorprende a todo el mundo. Un periodista toma el tren, va al lugar en donde vivía el carnicero y averigua que el día del crimen el infeliz había estado en el café jugando al tute, hasta las once de la noche, con el alcalde y

el boticario, y que al día siguiente había abierto su tienda, como siempre, a las seis de la mañana. ¿Cómo, pues, hubiera podido, entre las once y las seis, es decir, en el espacio de siete horas, hacer un viaje de cien leguas, cometer un doble asesinato y volver a su pueblo?

Interrogado por la prensa, el juez sonríe con una sonrisa digna de Sherlock Holmes, y contesta:

—Los cargos contra ese hombre son terribles. No se trata de pruebas materiales. En nuestra época ya no hay pruebas materiales. Los malhechores tienen una habilidad admirable. Así, es necesario proceder por deducción. Al carnicero todo lo acusa, todo. En primer lugar, llegó calzando zuecos a Milly. ¡Llegar así calzado para ver el cadáver de su esposa! Yo le pregunté las razones, y me dijo que tenía un pie enfermo. Ahora bien: el médico legista que lo examina no le encuentra lesión ninguna... ¿Qué pensáis de eso, señores escépticos? Y eso no es sino el principio. Ante el cadáver de su tío, el médico y yo le enseñamos las heridas. Nosotros creemos que son puñaladas. Él exclama: «¿Puñaladas? Jamás. Más bien parecen tiros de revolver.» Pues aunque no lo creáis, cuando se hace la autopsia vese que, en efecto, lo que un juez y un facultativo hemos tomado por cuchilladas, son balazos. ¿Cómo lo sabía el carnicero?... Y aún hay más. Ante su mujer muerta, no derramó una sola lágrima. Se puso pálido, tembló y dijo: «¡Ah, la pobrecita, la pobrecita!» Después de esto yo ya no pude dudar.

La lógica me obligaba a considerarlo como el asesino, y por tal lo tengo.

¿No os parece oír hablar a Sherlock Holmes? El sistema es el mismo. Los argumentos son de la misma naturaleza. Sólo que mientras el héroe de Conan Doyle obra en un mundo donde no hay a su disposición sino espíritus y sombras, el juez de Milly hace sufrir en la cárcel a pobres seres humanos que luego todo el mundo reconoce como inocentes.

Es la nueva escuela de magistrados. Refinándose, el mecanismo de sus cerebros se ha descompuesto.

* * *

En París, que según la frase clásica es el campo de todos los experimentos sociales, no hay comisario de policía, ni juez instructor, ni agente de la seguridad, que deje de proceder a la manera de Sherlock Holmes. «La deducción, decía el detective inglés, debe considerarse como una ciencia.» Y los detectives franceses, que no quieren nunca quedarse atrás, aplican esa ciencia a todos los casos que se les presentan.

—Ayer—dice una señora cualquiera al jefe de la policía—, ayer hizo ocho días que mi marido desapareció de casa. Su paraguas ha sido encontrado en un terreno solitario de los alrededores... Véalo usted... Está lleno de manchas de sangre...

—¡Ah!—exclama el magistrado—. Déme usted ese paraguas.

Y examinando, no las manchas sangrientas, sino la seda y la empuñadura, continúa:

Su marido era un hombre rico y de buen gusto... Pero no tenía orden... Era muy nervioso... Fumaba mucho... Y también jugaba... Sí... sí...

—¡Es cierto!—exclama la pobre mujer—. ¿Cómo lo sabe usted?...

El policía sonríe sin contestar. Su ciencia es un misterio que no puede revelarse así, al primero que llega. ¡No faltaba más! En un paraguas, el puño de marfil hace ver, lo mismo que la seda de primera calidad, la fortuna y el buen gusto del dueño. Cuando esa seda, estando nueva, tiene agujerillos, es que el poseedor del paraguas, fumando, hace movimientos bruscos y desparrama a su alrededor chispas. Eso prueba su nerviosidad. En cuanto a su descuido, no hay más que pensar que, si no hubiera sido desidioso, habría hecho que una criada diera una puntada en cada agujerillo. Pero, ¿y lo otro?, ¿lo más grave?... ¿lo del juego?... ¿Cómo lo ha descubierto viendo un mueble tan inocente? ¡Ah! Es necesario conocer el alma de los jugadores. Cuando se la conoce bien, se ve lo que pasa en ella muy fácilmente.. Así, el policía sabio nota que en el puño de marfil hay esculpido un cochinillo. El cochinillo es el talismán de los que juegan. En seguida ve que el cochinillo está raspado, y acercándose mucho, nota que las raspaduras están hechas con los can-

tos de las monedas. Es claro, pues, que aquel hombre trataba de transmitir a sus piezas de oro la fortuna que reside en el *petit cochon*. ¿Y para qué hubiera podido obrar así, si no hubiera tenido la firme intención de exponer su dinero al bacará?

Poseedora de datos como éstos y segura de su ciencia, la policía ya no tiene necesidad, como en los tiempos bárbaros en que Conan Doyle aún no había escrito, de andar por los caminos y de subir a los tejados buscando rastros materiales del crimen. ¿Para qué? La reflexión debe bastar. Cuando los detectives han calculado bien en sus despachos, les basta ordenar que se arreste a aquellos que científicamente tienen que ser los autores del crimen.

* * *

Mentira parece, en efecto, la facilidad con que ahora se acusa, por presunciones más o menos fantásticas, a los que menos debieran estar expuestos a ser vistos como sospechosos. Los parientes y los amigos de las víctimas, sobre todo, aparecen siempre ante la imaginación de los jueces actuales como delincuentes. La ciencia de la deducción indica que en todo crimen hay un móvil, y como no siempre está al alcance de cualquiera imaginación buscar en cuatro caballeros que viven en un palacio lejano, o en un indio canaco que acaba de llegar, a los criminales, los

detectives reales, más modestos que Sherlock Holmes, buscan cerca de la víctima al victimario.

«¿Ese es el heredero?—dicen—. Pues ese es el que tiene interés en la muerte.» «¿Esa es la esposa? Pues probablemente quiere ser libre y por eso mató.» «¿Ese es el socio? Pues ese, sin duda, fué el hombre que, vestido de negro, corría por el techo después de la tragedia...» Y esto simplifica grandemente las teorías románticas que el héroe de Conan Doyle pone en práctica; pero, al mismo tiempo, las hace burguesas y odiosas. En un caso reciente se vió que la policía parisiense detuvo primero al hermano de la víctima; luego, a su socio. Y no sólo los detuvo. En dos o tres interrogatorios se convenció el juez de que ellos eran los asesinos.

—¿Qué hacía usted—preguntábanle al hermano—el viernes pasado, a las tres y cuarto de la tarde?

—No sé—contestaba el pobre hombre.

—Pero nosotros sí lo sabemos: a las tres y cuarto de la tarde deteníase usted en el bulevar ante la vidriera de un armero.

Y fué necesario que el delincuente, que era un automovilista, declarara espontáneamente su crimen, para que la policía sabia consintiese en soltar a los que, por deducción, tenían que haber sido los asesinos.

* * *

Pero, ¿a qué buscar ejemplos lejanos? Hoy mismo nos encontramos ante un caso extraordinario de pesquisas modernistas. En las inmediaciones de Etampes, una noche de la semana pasada encontró un guardia campestre el sombrero de un eclesiástico agujereado y manchado de sangre. El juez del distrito examinó el sombrero y adquirió la certidumbre de que este sombrero pertenecía al abate Delarue, cura de Chantenay. Si este juez hubiera sido de la escuela antigua, de la escuela pasada de moda, probablemente habría ordenado que se buscara alguna prueba de la desaparición del eclesiástico en los caminos. Mas los magistrados conandoylescos no proceden así. ¿Acaso son ellos incautos? ¿Acaso se dejan engañar por las apariencias? ¿Acaso sirven de juguetes a las combinaciones de los demás? Con el sombrero entre las manos, el señor juez de Etampes pensó, pues, que si el cura hubiera sido asesinado, los asesinos no habrían dejado el sombrero. Y luego declaró:

—No se trata de un crimen, sino de una fuga. El abate Delarue se ha escapado.

Al día siguiente, sabiendo que un sacerdote había tomado el vapor para Inglaterra, en compañía de una dama, el juez preguntó si no se le conocía al cura perdido alguna relación femenina.

—¡Sí!—exclamó una señora—. Yo lo he visto visitar a una dama de Nevers, morena, gruesa, elegante.

La conclusión era matemática y los periódicos la publicaron.

—Se ha ido a Londres con una señora de Nevers.

Durante tres días, todo el mundo lo creyó así. Pero, de pronto, a un repórter se le ocurrió visitar la casa de la dama fugada, y encontró, ¡oh sorpresa!, a la dama misma, que, tranquila y desdeñosa, seguía en su cocina.

—¡Es posible!--exclamó el periodista—. Algún agente de policía debe de haber venido a ver si estaba usted aquí o si se había ido usted.

—No—repuso la dama.

Dos días después, un cingalés que cree en las ciencias ocultas tuvo la idea de dar un paseo por los lugares en donde el sombrero sacerdotal había sido hallado. En cuanto se metió por las malezas, encontró nada menos que la bicicleta en que el cura de Chantenay había hecho el viaje de su pueblo a Etampes la noche de su desaparición. Entonces el juez tuvo que convenir en que tal vez hubiera sido mejor buscar en el campo que meditar en su despacho.

* * *

Pero se ha llegado a tal punto en cuestión de romanticismo policíaco, que ya hasta el conan-doylismo parece pálido. En la realidad, algo más emocionante, algo más extraordinario es menester. Y así, ¡oh, Sherlock Holmes, ayer inverosímil,

hoy te encuentras sobrepujado por los acontecimientos parisienses! Tu ciencia no parece suficiente. ¡Es indispensable que, de la India, los faquires nos envíen a sus luces espirituales, para buscar con ellas los cadáveres de aquellos que encuentran la muerte en los caminos!

Un gran periódico parisiense, en efecto, tuvo la idea, en cuanto vió que el indio Devah encontraba la bicicleta, de encomendarle el trabajo de buscar el cadáver.

—Tres días—dijo el bronceado ocultista—, tres días nada más necesito para encontrar el cuerpo muerto.

Desde entonces Francia entera no tuvo ojos sino para ver al indio, ni tuvo oídos sino para oír al indio, ni tuvo entusiasmo sino para admirar al indio. Allá, del otro lado del mundo, una ciudad admirable, que enorgullecía a una raza nueva, fué presa de las llamas. Francia se preocupó de eso menos que de los gestos del indio. En los periódicos mismos, la gente, antes de buscar los telegramas de Valparaíso, leía la relación de lo que hacía el indio. Y, ¡oh éxtasis ante sus misteriosos procederes! ¡Oh asombro ante sus prácticas enigmáticas! Los *reporters* cuya misión consistía en seguirlo paso a paso, describían cada uno de sus actos y hasta publicaban los menús de sus comidas. He aquí un telegrama que copio de un gran diario:

«Anoche el profesor Devah pidió, antes de acostarse, una taza de te. Como en el hotel no tenían

té de Ceylán, sino de China, mandamos un automóvil a buscarlo a una ciudad vecina.»

Esto es un detalle, sin duda; pero un detalle significativo. El pueblo no pensaba más que en lo que hacía el indio. Y en las tertulias, lo mismo entre duques que entre porteras, todo era comentar los ademanes con que el indio olía la tierra del camino, las actitudes con que examinaba las piedras, los ojos con que veía los árboles.

* * *

Tanto interesaba el indio Devah, en efecto, que otro periódico, celoso de *Le Journal*, descubrió a un segundo indio y lo mandó a Etampes en busca del cadáver del sacerdote. Este segundo doctor en ciencias ocultas es ya famoso en París. Hace dos años, según parece, M. Fallières lo llamó al palacio del Senado y le dijo:

—¿Qué ve usted en mi porvenir?

—Veo—le contestó—la corona de la presidencia de Francia en tu cabeza.

Desde que los parisienses supieron, pues, que Ramanah iba a Etampes, comenzaron a apostar cuál de los dos indios encontraría el cadáver.

—Devah vencerá—decía la generalidad—. Devah es un enemigo temible.

—Yo no vengo como enemigo—repuso Ramanah.

Y para probarlo, quiso ver a su compatriota y colega. ¡Más le valiera no haberlo visto! Según el

corresponsal del *Echo de París*, la entrevista fué poco amena. En inglés, para que todos los periodistas entendiesen, se dirigieron las frases siguientes:

Devah.—Eres un intruso, un bandido; vienes a hacerme daño.

Ramanah.—Tú deshonras a nuestra raza con tus maneras de fante.

Devah.—Tú estás pagado para destruir mi obra científica.

Ramanah.—Tú eres un cingalés de baja especie, y tienes la osadía de pretender igualarte a la casta de los brahmanes superiores.

Devah.—¡Sal de aquí tú que eres el enemigo!

Como *Devah* estaba en su casa, *Ramanah* tuvo que marcharse. Pero al salir hizo un amplio ademán, y luego dijo:

—Ya ese no existe... Lo he suprimido espiritualmente.

Y durante dos o tres días más, la atención pública no abandonaba a un indio sino para interesarse por el otro indio.

La policía, entretanto, continuaba haciendo estudios deductivos a la manera del nunca bien ponderado señor *Sherlock Holmes*, profesor de ciencias sutiles.

LA NEURASTENIA



ACE unos cuantos años pensaba yo, como casi todos los habitantes del bulevar, que durante los meses caniculares Europa entera reuníase en las diez o doce playas célebres de Francia, Bélgica y de Alemania. Hoy noto que mi error era completo y que lejos de Biarritz, de Spa, de Baden, de Trouville, hay todavía unas mil y tantas aldeas marinas en que los condenados a la vida de las capitales europeas vienen a curarse sus neurastenias en los treinta y tres días del billete veraniego. Las costas bretonas y las costas normandas, muy en especial, son visitadas por los veraneantes modestos. En cada pueblo hay treinta, cuarenta familias que se alojan en las casas de los pescadores y que, por la tarde, se reúnen en la playa para ver la apoteosis

purpurina del ocaso. Las mujeres no llevan *toilettes* elegantes y los hombres no están vestidos de franela blanca. Cada uno se pone «lo más viejo». Los pies calzan alpargatas. El sombrero de rigor, para ambos sexos, es el ancho de paja, cuyas alas caen haciendo sombra al rostro entero. Las grandes emociones del día son, además de las horas de comer y de las horas del baño, las horas del recreo. ¡El correo! La gente sale a esperarlo y desde lejos le pregunta, por señas, si no trae nada. Y la mayor parte de las veces nada trae, a no ser el paquete de números de *Le Petit Journal*, de la antevíspera... Porque estas playas están más lejos de París que Roma y Berlín. Para llegar a ellas es necesario, por lo general, un trayecto en ferrocarril, seguido de un viaje en buque y rematado por un paseo en diligencia. Pero esto, lejos de ser un defecto, es un mérito. Playas con trenes y estaciones, con casinos y parques, con hoteles y cafés, no sirven para la neurastenia ni para el arte. «Es preciso—dice el profesor de estética M. de Maupavon—, es preciso no escoger un asilo campestre muy bello. Hay sitios admirables, en los cuales no crece la flor de la poesía. Los paisajes son como las mujeres. Una belleza demasiado perfecta les hace daño. Lo esencial es que haya verdura y que no haya ferrocarril.» Ya lo veis. El horror de los caminos de hierro es esencial y obedece, más que al deseo de que su locomotora no manche el espacio con el humo, ni llene el ambiente con sus alaridos, ni turbe la paz

del campo con su carrera, a la necesidad de creernos muy lejos de todas las grandes ciudades, muy lejos de los Parises, de los Londres, de los Berlins, de los Romas y de los Madrides, que nos enferman. Lo primero que nos dijeron los médicos al aconsejarnos el viaje fué:

—¡Calma!

¿Y cómo conciliar la calma con el paso de los trenes?

* * *

En medio de la dulzura común de esta vida estival modesta, una nota amarga suena. Es una queja resignada, o, mejor dicho, una observación melancólica. Oídla.

—Yo que trabajo tanto...

Y no hay alma veraneante que no diga lo mismo. Los empleados, que son la mayoría, los comerciantes, los artistas, las actrices, los niños mismos se quejan del mucho trabajar. Óscuramente, todos saben que con un poco menos de esfuerzo cotidiano lograrían escapar mejor al tormento incesante de la neurastenia. Pero es locura pensar en el descanso. Además de la necesidad material de ganar dinero, hay, en todos los campos de la actividad contemporánea, un anhelo infinito de sobresalir, de hacer algo notable, de producir más que el vecino. Esto es lo que determina, en el hombre como en el niño, el *surmenage* —el *surmenage* que produce el desequilibrio que lleva a las locuras y a los crímenes.

—Los actos que todos los días nos relatan con espanto los periódicos—me dice un amigo médico—, son muy lógicos dentro de nuestra vida de fiebre. La neurastenia es el manantial de todos los dolores contemporáneos. Esos hombres, esas mujeres, esos niños que cometen actos de crueldad increíble, actos de vicio inexplicable, son simples neurasténicos. Pero nadie quiere creerlo. «¡Neurastenia — exclaman todos— es una enfermedad para ricos y ociosos! Los trabajadores no padecen nunca de tal mal.» Al contrario. Los que más sufren son los que más trabajan. El padre de familia que, una noche, después de comer abre las ventanas de su cuarto de estudio y se precipita en el vacío, es una víctima del trabajo. El amante que, sin motivo serio, sin prueba de traición, sin argumento ninguno de desagravio, dispara cinco tiros de revólver contra su querida, es una víctima del trabajo. El joven que, al salir del teatro, se hace llevar a la farmacia nocturna, compra un frasco de sublimado y se suicida, es una víctima del trabajo; la actriz que entra en la *loge* de su compañera y sin ser rival suya, sin pretexto ninguno, la hunde un puñal en el vientre, es una víctima del trabajo... El niño, en fin, que antes de examinarse asesina a su profesor o se mata, es una víctima del trabajo... ¡Oh!... ¡el trabajo!... ¡cuántos crímenes cometel!...

Y mi amigo, en su exaltación de especialista, llega a maldecir del progreso, a abominar del estudio y a predicar el dulce embruteci-

miento de los más recientes discípulos de Juan Jacobo.

* * *

Sin ir tan lejos, todos los apóstoles de la regeneración nos aconsejan la vida campestre, aun en sus más artificiales manifestaciones. Antes que pensar en reunir limosnas para dar, en invierno, calor a los miserables, se piensa ahora en hacer suscripciones con el objeto de proporcionar a los pobres las dulzuras estivales de la *villegiatura*. Cada grupo escolar, cada sociedad caritativa, cada liga religiosa, cada gremio obrero, tiene su granja de salud entre alamedas de pinos. Los hospitales mismos disponen de casas de campo en donde los enfermos, después de curarse, convalescen entre frescas enramadas, a orillas del Sena o del Oise. Por otra parte, el Estado y los municipios, de acuerdo, a lo menos una vez, protegen los árboles con un ardor que hace pensar en aquellos seres del libro de Barrés, cuyas divinidades son corpulentos vegetales. El que corta una rama comete un delito. En cuanto a abrir, por en medio de un bosquecillo de plátanos o de encinas, un camino para hacer pasar un ferrocarril, es más difícil que echar abajo cien casas para hacer una línea de tranvías. Los campos tienen toda clase de protectores. La Academia de Medicina los sostiene en nombre de la ciencia, y la Academia de Bellas Artes en nombre de la belleza. Los

más indiferentes sabios, los poetas más desdeñosos, los que dejarían, sin moverse, guillotinar a un inocente, se sublevan ante la menor amenaza de poda. El viejo Sully Prud'homme hizo el año pasado una visita al presidente de la República para pedirle que no se diera a cierta compañía de ferrocarriles el permiso de atravesar la floresta de Fontainebleau, y Coppée, enfermo y todo, fué hasta el Hotel de Ville, últimamente, para protestar contra un tranvía del bosque de Vincennes. Los paisajes son sagrados. Una poderosa sociedad los defiende. El respeto público los embellece. En cada comuna que posee una playa pintoresca o una colina florida, los habitantes se creen superiores a los de la comuna de al lado. Y en realidad lo son. Porque en su ardor bucólico, el pueblo innumerable de los trabajadores de las ciudades descubre todos los rinconcillos amenos, los invade y lleva a ellos la cultura de los grandes centros. La propia Bretaña, cuya alma es retrógrada por excelencia, comienza, gracias a esta invasión de neurasténicos parisienses, a dejarse imbuir de modernismo.

* * *

¡Los neurasténicos!

Hace un lustro inspiraba risa. Eran enfermos de lujo. Eran siniestros farsantes. Hoy inspiran lástima. Son los atormentados de la vida.

La ciencia, que parece no engrandecer sus do-

minios sino para aumentar nuestras miserias, acaba de probarnos que hasta los chicuelos que no llevan sino un par de años en la escuela, padecen, con frecuencia, del terrible mal. Leed la siguiente página de un profesor parisiense: «Numerosísimos son los colegiales que, a los diez, a los doce años, presentan ya todos los síntomas de la enfermedad de Beard, a saber: dolores de cabeza, vértigos, insomnios, palpitaciones, turbaciones dispépticas, fatiga en la mañana, etc. En general, las madres atribuyen todo esto al crecimiento. La explicación es cómoda y en parte cierta. Pero la mayor parte de la culpa la tiene el colegio con sus horas de estudio mal repartidas, con sus clases demasiado largas en salas sin aire, con sus abundantes programas de enseñanza abstracta, de enseñanza inútil.» Para salvar a los niños de la enfermedad que mata a sus padres, cada día se funda una nueva liga. Hasta una federación, compuesta de sociedades suizas, francesas, alemanas y belgas, funciona en este momento y pide, en conferencias y en artículos, que se mejoren las condiciones higiénicas del trabajo escolar. Los poderes públicos hacen lo que pueden. Cada vez que se edifica un nuevo liceo, tratan de que el arquitecto se conforme a los consejos de la ciencia. Pero todo esto es inútil. Los grandes jardines llamados «de descanso» no son sino *soufroids* agradables para que los chiquillos, continuando su envenenamiento cerebral, se consagren a discutir durante las recreaciones teorías.

abstractas. Y en cuanto a la célebre hora de gimnasia que, al decir de todo el mundo universitario, debe ser un descanso del intelecto, un ejercicio de los músculos, algo como una ducha de esfuerzo, leed las líneas siguientes: «Con el compás de Weber, un facultativo alemán ha demostrado a los maestros de algunos liceos de Berlín que la gimnástica, como causa de fatiga cerebral, viene inmediatamente después del estudio de las raíces griegas, o sea en tercer lugar.» Para comprender bien esto, hay que saber que el compás de Weber es un instrumento con el cual se mide el esfuerzo intelectual después de una hora de estudio. La escala que se ha conseguido establecer con él es la que sigue: Matemáticas, fatiga, 100; Latín y Griego, 97; Historia y Geografía, 87; Lenguas vivas, 82; Historia natural, 80; Dibujo, 77.

La gimnasia, pues, viene entre los 97 y los 87. Sin embargo, me diréis, los clowns, los trapevistas, los hércules de feria, los atletas de circo, los hombres volantes y los hombres gigantes que se consagran sin descanso a los ejercicios físicos, parecen gozar del más perfecto equilibrio nervioso. Es verdad, pero esto consiste, sin duda, en la inconsciencia de sus labores. Yendo de trapezio a trapezio por medio de sin iguales volteretas, un profesional no piensa sino en guardar equilibrio, mientras que un chico consagrado a otra clase de estudios tiene que hacerse verdadera violencia para llegar a dominar su cuerpo de un modo funambulesco. Si la gimnasia, en vez de ser sabia,

fuera natural; si consistiera en correr con sencillez, en trepar a los árboles con entusiasmo, en dar saltos con alegría, probablemente el compás fatal no señalaría al cabo de una hora ni siquiera la mitad del mínimo que el Dibujo indica. Todo lo deletéreo del esfuerzo, en efecto, está en la atención. Los oficios en que se ríe y se canta son los únicos que no enferman.

* * *

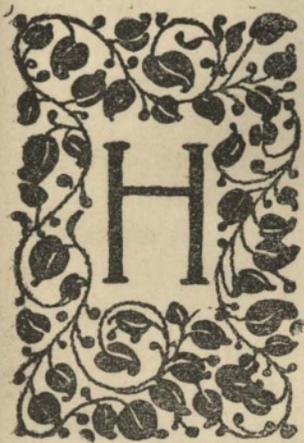
¿Habéis leído el estudio de Tarde que se titula: *Rôle social de la joie*? Es una de las obras más desconsoladoras, a pesar de su título, porque nos hace ver que a medida que adelantamos por el camino del progreso, retrocedemos por la ruta de la dicha. «Antes de que la gran industria apareciese —dice— no había producción, ni mercado que no fuera pretexto para gozar y alegrarse. En las ferias bebíase y cantábase. Gracias a la fiesta, el mercado tenía algo de amistoso. Las labores importantes, como la vendimia, la cosecha, el desmonte, eran coronadas por festivales enormes. Las corporaciones procedían del mismo modo, estableciendo fiestas de patronos, en las cuales se bebía y se cantaba. Durante el trabajo mismo, había canciones. A medida que se remonta hacia el pasado, la labor humana es más alegre. La industria suprime el esfuerzo muscular. Bueno. En cambio, aumentan la tristeza y la atención. El cuerpo se cansa menos. Los nervios se cansan

más. Las bocas callan. Los cerebros sufren.»

Vosotros los que conocéis los grandes centros fabriles, los Manchester brumosos, los húmedos Hamburgo, los asfixiantes Saint Etienne, seguramente habíais hecho ya las mismas observaciones que el sabio parisiense. No hay nada más triste que un taller moderno. El ruido de las máquinas, con su ensordecedora monotonía, llena el espacio. Los rostros atentos no denotan sino un esfuerzo exaltado. Por todas partes la maldición evangélica hace ver lo que cuesta el sudor de cada frente.

Sólo aquí, en las playas de Bretaña, en donde no hay ni industria ni riqueza, se nota en Francia la alegría del trabajo a la antigua. Los pescadores van cantando. Van sin grandes esperanzas, sin grandes ambiciones. Van hacia lo desconocido. Pero no dejan nunca de cantar. Cantan melopeas melancólicas. Cantan siempre. Y bajo el azul implacable del cielo, bogan así, libres de toda neurastenia, hacia muertes que, por violentas que sean y por trágicas que parezcan, lo son mucho menos que los oscuros suicidios de París.

EL AMOR DE LAS FLORES



ABÉIS oído hablar de la *obra de las ventanas floridas*? Es una institución piadosa destinada a socorrer la miseria decorativa de las ciudades del Norte. En Glasgow, que fué su cuna, convirtió, poco a poco, los más oscuros, los más sucios, los más siniestros barrios, en alegres andurriales. Para ello no hubo necesidad ni de mucho dinero ni de enorme trabajo artístico. Unas cuantas macetas en cada ventana bastaron. La inventora de la obra de piadosa estética es una humilde institutriz escocesa a quien una tarde, en una ciudad japonesa, ante el florecimiento de todas las ventanas, de todas las puertas, de todos los techos, ocurriósele pensar con tristeza en sus paisanos de la nebulosa isla británica que se pasean por las mañanas, al ir al taller

o a la oficina, entre fachadas grises y escuetas. Al volver a Glasgow se dirigió a las señoras propietarias de parques y las pidió, por el amor de Dios, unas florecillas para los pobres. Las primeras macetas fueron destinadas a las ventanas de las obreras jóvenes. En esto se nota el ingenuo egoísmo de la fundadora de la obra. Ella que, adolescente, había vivido en una buhardilla oscura; ella que al despertarse en las mañanas primaverales, después de haber pasado la noche en divinos jardines de ensueño, no veía sino la triste realidad del muro vecino; ella que, en otoño, se asomaba a su balconcillo, deseosa de respirar a plenos pulmones, y sólo sentía el olor del humo; ella, la pobre institutriz sensitiva, quiso que sus amiguitas fueran más dichosas. Para cada una de ellas hizo un jardincillo suspendido, igual al de Jenny *l'ouvriere*, en el París de Murger. Entre las hojas de un rosal y dos heliotropos puso para las chicas cloróticas de las capitales fabriles, todos los aromas, todos los ideales, todas las frescuras. Desde aquí veo a las Ketis y a las Lilis, paliduchas, recostarse en las barandillas de sus ventanas y soñar ante el sol que agoniza, durante las interminables tardes de verano. Los efluvios sutiles de las flores llenan sus almas de goce. La ciudad negra desaparece tras las hojas que, nerviosamente acariciadas por la brisa, *frufrutan* y dicen, con sus murmullos ligeros, leyendas deliciosamente absurdas de futuros idilios.

Después de las obreritas, quienes más necesi-

dad de flores tienen son los enfermos. La obra de las ventanas floridas adorna con cuidado las casas de los que sufren. Ya en Francia un médico psicólogo, el Dr. Pozzi, había hecho pintar en las salas de su hospital paisajes encantados.

Para los tísicos, dice este eminente doctor, los grandes espacios son consoladores. Contemplándolos respiran mejor. Los enfermos de los nervios se calman viendo constantemente apacibles llanuras, boscajes amenos, playas risueñas. Los niños mismos se alegran ante las vistas de jardines. Y nada digo de los convalecientes, esos seres que ya no están enfermos, pero que todavía no están sanos, y para los cuales, si bien una ráfaga de aire verdadero puede ser peligrosa, en cambio una ráfaga de aire pintado no puede sino ser provechosa.

* * *

Y así como las flores curan a los hombres, los hombres curan a las flores. En París hay un hospital botánico. Pocos días hace que fuí a visitarlo. Un viejecito rubio, afeitado, calvo, lívido, me recibió con hosco recelo.

—Deseo—le dije—ver su establecimiento.

—Aquí no hay qué ver—me contestó.

Y fué necesario probarle que venía recomendado por Octave Mirbeau para conseguir que me permitiese entrar.

Silenciosamente introdújome en un vasto in-

vernadero lleno de rosales mustios, de pobres rosales amarillos y sin hojas.

—¿Son esqueletos? —le dije.

—No —contestóme frunciendo las cejas—, todo está vivo. Son rosales anémicos. Viviendo en jardincillos sin aire, se han consumido como costureras. Pero no hay nada más fácil que curarlos. En unos cuantos meses engordan, recobran sus colores, se yerguen, sonrían... Sí... sonrían... No hay que burlarse.

En mi ánimo no había burla ninguna. Al contrario. La gravedad de aquel hombre en un recinto tan cargado de emanaciones de flores, producíame una ligera angustia. Algo de la tristeza de los hospitales humanos flotaba en el aire. Había dolor, había quejidos, había lágrimas en el inmenso dormitorio de las rosas enfermas.

—Pase usted por aquí.

Atravesamos un pasillo y entramos en una *serre* húmeda y caliente.

—Es la sala de las orquídeas—murmuró mi guía.

Ya lo había yo visto. Acostadas sobre troncos de árboles enmohecidos, las más extrañas flores se morían de nostalgia. Habíalas flácidas cual sedas mojadas, con reflejos de sangre y fosforescencias de putrefacción. Las había también negras como alas rotas de murciélago diminuto, con membranas y con pelo. Otras eran policromas, anaranjadas y azules, con puntos, con rayas, con manchas de matices variadísimos. Las más blan-

cas, de una blancura de hostia, harinosa y láctea, debían ser las célebres «albanes». Las «auroras boreales», con sus pétalos color de carne cruda, de carne con sangre, de carne no comestible, casi humana, casi trágica, amontonábanse en un rincconcillo.

En aquel invernadero, las ideas de Esseintes me invadieron. Lo mismo que él, asimilé el conjunto de las *flores* a un microcosmos. «Aquí—me dije recordando sus palabras—están representadas todas las categorías sociales. Las flores pobres, las flores humildes, que no están en su medio ambiente propio sino cuando se asolean en las ventanas de los barrios bajos; las flores presuntuosas, sin espíritu, sin *chic*, hechas para lucir sus gracias vulgares en tiestos de porcelana; las flores aristocráticas, delicadas, friolentas, raras; las pobres princesas del reino vegetal; todas las flores, en fin, sufren aquí sus penas corporales.»

El viejecito me sacó de mis ensueños, indicándome el camino de otra *serre*, en la cual vimos, como encerradas en un palacio de cristal, a las más esbeltas flores. Blancas, rosadas, azules, amarillas, formaban una sociedad heterogénea y omnicroma. Yo comparé la estancia a una de esas elegantes playas de Provenza o de Italia, en las cuales, durante los meses de invierno, se refugian las mujeres del mundo entero, para formar deliciosos cosmópolis.

—Estas—me dijo el enfermero—no tienen gran cosa. Están aquí más bien para fortalecerse. Son

niñas mimadas. Sus dueños las adoran. Pero este amor exagerado les hace daño. Encerrándolas entre cortinajes nunca corridos, a la luz de lámparas eléctricas, las debilitan, las ponen nerviosas, las llenan de caprichos. Ahora va a ver usted mi lazareto, mi leprosería. Por aquí...

Atravesamos un patio, pasamos por tres pasillos, abrimos varias puertas. Al fin, haciéndome penetrar delante:

--Allí las tiene usted—murmuró.

Una oleada de aire putrefacto obligóme a retener la respiración. Aquello olía a cosas muertas y a cosas murientes. Era un *charnier*. Era un oscuro lugar de descomposición, de angustia, de inmundicia. El suelo mismo, bajo los pies, parecía gelatinoso y como inconsistente.

—Véalas usted...

Y, poniéndose a mi lado, el viejecito me indicó con el índice los rincones infectos, las cuevas mohosas donde las flores enfermas se morían como Job. ¡Qué horribles visiones! Sobre los pétalos descoloridos, en los cálices mustios, en los tallos que se torcían por todas partes, subiendo como gusanos, abriéndose cual heridas, formando cavernas microscópicas, estallando cual ampollas, veíanse las más lamentables llagas. Eran lepras, eran cánceres, eran tumores, eran abscesos, eran pústulas. Toda la podredumbre de la materia supuraba allí.

—Vámonos—me dijo, viendo mi emoción, el lívido enfermero.

Anduvimos en silencio por patios y pasillos. Vimos en los techos, tomando el sol en sus tiestos modestísimos, legiones de flores convalecientes. Las corolas se entreabrían con voluptuosidades virginales. Había sonrisas pálidas en los grupos vegetales.

—¿Quiere usted ver la sección de Extremo Oriente?—preguntóme mi guía.

Y sin esperar mi respuesta, abrió una puerta de vidrio. En un espacio claro apareció a mi vista la más lujuriente florescencia de gigantescos nenúfares extendidos cual alfombra y de altos crisantemos cuyas ramas superiores formaban *plafones* ondulantes.

—Aquí puede usted respirar a su gusto. Todo es sano... Es mi jardín.

* * *

Un instante después, en el coche que me traía de nuevo al centro de París por la admirable arboleda de los Campos Elíseos, pensé en un cuento chino leído hace muchos años y del cual ya he hablado en alguno de mis libros. Se titula, si no recuerdo mal: *La venganza de las flores*. El protagonista, como el viejecito enfermero, tenía por las plantas una adoración exclusiva. Llamábase Tsieu-Tsin. Su fortuna la empleaba en comprar especies nuevas o ejemplares raros. Los mercaderes poco escrupulosos que conocían su locura,

llevábanle a cada instante pedazos de ramas o tallos infecundos, hábilmente sembrados en tientos de porcelana; Tsieu los recibía como buenos y a fuerza de cuidados milagrosos les hacía florecer de nuevo. Así, su jardín llegó a ser un verdadero paraíso, en el cual las flores eran más hermosas que en los vergeles de los dioses y más abundantes que en todo el resto del mundo. El ciruelo satinado, la vainilla olorosa, el té querido de los poetas, el almendro sobre cuyas hojas tiemblan las gotas de lluvia como lágrimas de mercurio, la matricaria impasible, el crisantemo sentimental, la rosa que se mueve lujuriosamente junto al casto jazmín; el loto, hijo de la luna; la canela flexible y morena, la dalia severa; la siempreviva, parecida de lejos a un escudo de oro; el solicitante de cáliz cuadrado, la azalea clorótica y vaporosa, el dafne decorativo, las orquídeas perversas, el lirio aristocrático, el místico nardo, la señorita azucena, la peonía imperial y mil flores más, confundían sus matices entre un cerco de bambú, formando un océano multicolor que tenía palpitaciones de vida y languideces de ensueño. Para Tsieu no había en el mundo nada más que su jardín: las flores eran «su madre», porque le daban la vida; eran «sus hijas», porque le debían mil cuidados; eran «sus amigas», porque sabían acompañarlo; y eran «sus novias», porque se dejaban acariciar. Viviendo entre murallas vegetales, creíase tan poderoso como un rey; y sólo dejaba entrar en sus dominios a los hombres res-

petuosos que se contentaban con admirar, de lejos, las venerables corolas.

Ahora bien: una tarde de otoño acertó a entrar en el jardín de Tsieu un príncipe joven que, no contento con gozar admirándolas, quiso acercarse a las flores y acariciarlas. El viejo botánico se puso furioso y trató de impedir tan enorme profanación. Pero el príncipe iba acompañado de cuatro siervos robustos que lo escoltaban. Protegido por ellos, metióse entre la verdura, rompió tallos, deshojó corolas, pisoteó cálices, y con tanta rapidez hizo su obra de devastación, que en pocas horas el vasto jardín se trocó en un osario vegetal. Luego, se marchó riendo. El jardinero lloraba.

Y así estaba Tsieu-Tsin con los ojos llenos de lágrimas y el corazón lleno de angustia, cuando una niña bajó del cielo, vino a colocarse junto a él, y le dijo: «No te apures, loco delicioso, y, en vez de llorar, ve a la fuente y tráeme un poco de agua limpia, para que yo cure las llagas de tus flores.» El jardinero tomó un balde de porcelana y fué a buscar lo que le pedían. Al volver, quedóse admirado, viendo que sus plantas habían vuelto a retoñar, que el suelo estaba limpio y que la niña había desaparecido.

Cuando, al día siguiente, el príncipe tuvo noticia de tal milagro, llamó a sus amigos y les habló de esta manera: «Me parece, señores, que es necesario vengarnos de ese maniático que, después de habernos insultado sin respeto, se burla cruelmen-

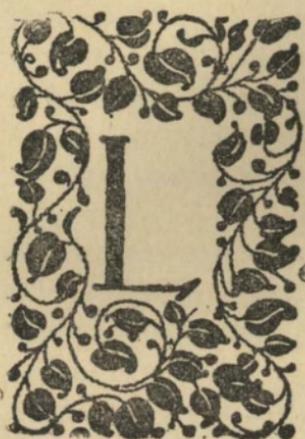
te de nuestro castigo de ayer, poniéndonos en ridículo ante la Corte. La cosa no es muy difícil. Uno de ustedes se presenta hoy mismo en el gabinete del juez imperial y acusa a Tsieu como brujo malhechor; los demás vamos en calidad de testigos; dentro de una semana se dicta contra él una sentencia terrible.»

Así lo hicieron. Sólo que, cuando el viejo se encontraba en la cárcel esperando que el juez le condenara, volvió a aparecérsese la divina protectora y le dijo: «No te apures, loco encantador, porque los dioses te miran con cariño. Yo vengo de parte de ellos a anunciarte la victoria de tu honradez y la muerte de tu enemigo.»

Al día siguiente, en efecto, el príncipe amaneció muerto, y el prisionero fué puesto en libertad.

...Y contándome a mí mismo este delicioso cuento de flores-hadas, llegué a la terraza del café, donde las copas de ajeno, brillando con sus ondas glaucas bajo el sol que se ponía, me hicieron comprender que había vuelto del país encantado de las corolas y que me encontraba de nuevo en el infierno del bulevar.

LA SUPERVIVENCIA DEL ALMA ESPAÑOLA EN FLANDES



A primera vez que en el jardín de Maeterlinck, en Niza, el pobre y grande Verhaeren me habló del amor que los flamencos conservan por España, creí que se trataba de una pura galantería algo irónica. El recuerdo de los cantos populares contra el duque de Alba, la imagen de las viejas estampas de Amberes que representan las matanzas de los patriotas belgas; las palabras de los cronistas valones que maldicen a los tiranos venidos de Castilla «con una cruz para crucificar al pueblo», eran entonces, resumidos por el drama famoso de Sardou, los únicos datos que yo tenía para juzgar los sentimientos de Flandes en este pleito histórico.

—Amor—exclamé—. Sin duda quiere usted decir odio...

—No—dijo Maeterlinck, interviniendo—, no lo crea usted... En mi juventud, todavía los flamencos murmuraban, suspirando, cuando querían quejarse de la dureza de los tiempos presentes: «¡Quién viviera como nuestros abuelos los servidores de Alberto e Isabel!» Y no sólo el pueblo tiene esta nostalgia. En nuestra Historia, el reinado de la hija de Felipe II fué como un oasis paradisiaco...

—Tienes razón—aseguró Verhaeren—. Ahora mismo se dice eso...

Y volviéndose hacia un joven que hasta entonces no había pronunciado una palabra, agregó:

—Usted que es de las Flandes marítimas puede decir hasta qué punto los españoles han impreso sus huellas en nuestras llanuras...

El joven, a quien yo no conocía entonces, y que era nada menos que Pierre Nothomb, el admirable cantor de la epopeya flamenca, comenzó a hablar de esta manera:

—Hace poco yo asistí al bombardeo de la granja de la bella Gómez, en un recodo del Iser, en el confluente del Iperlée... Este solo nombre indica que hasta en la tierra ha quedado el recuerdo de aquellos hidalgos que fueron nuestros enemigos, pero que también supieron ser nuestros hermanos durante largo tiempo... Ahí, cerca de la granja, se halla la fortaleza de Knokke, construída por Felipe III y restaurada por Vauvan. La bella Gómez fué una heroína cuyas aventuras desconocemos, pero cuyo nombre sigue siendo popular en

el país de Zoetanage... Usted conoce esas regiones, Verhaeren... Usted también, Maeterlinck...

—Y yo también—me apresuré a decirle—. Yo he visto en estos últimos meses Ipres la muerta, y la venerable Furnes, herida y desierta, y las verdes riberas del Iser, con sus desolados campos de ruinas, mirándose en la linfa trágica...

Pierre Nothomb continuó, dirigiéndose a mí:

—La legendaria bella Gómez murió hace dos siglos; pero su recuerdo vive tan fresco entre nuestro pueblo, que cuando hay en una aldea flamenca alguna muchacha muy morena y muy linda, la gente dice: «Es una nieta de la bella Gómez.» En las regiones de Lampervisse y de Zoetanage, sobre todo, aquel noble fantasma tiene una realidad poética, que influye hasta en los cantos populares. Y es que la imagen de España, con sus bellas damas veladas, con sus hidalgos, con su suntuosidad vestida de terciopelo negro, con su gran elocuencia severa, con su elegancia de gestos, con su fervor religioso, con su lealtad caballeresca, se mantiene siempre presente y palpitante en aquella Flandes ardiente y dulce a la vez, donde íbamos a buscar, antes de la guerra, siguiendo las huellas de los libres *Kerets* y de los caballeros castellanos, lecciones de gloria y de intrepidez. Y no sólo sucede eso en Flandes. Entre los que forman el curioso pueblo de los *Marolles*, que habitan en Bruselas, la ciudad baja, se reconoce una raza híbrida, nacida, no de la mez-

cla de flamencos y de valones, sino de los matrimonios de bellas brabansonas y de soldados españoles, cuyos cuarteles están ahí cerca. Pero si por todas partes se encuentran tipos manifiestamente transpirenaicos, es muy curioso notar que donde más se han perpetuado los recuerdos españoles es en las regiones místicas, cerca de los santuarios y de los lugares de peregrinación. Es en torno de Montaigu, sencilla y rica basílica de Oro, que data de los piadosos archiduques; es en la pobre Campine, donde cada siete años, después de la procesión de una milagrosa virgen negra, un gigante D. Cristóbal, con casco y coraza, vuelve a Hasselt a distribuir, como en los días de la antigua hambre, tazas de sopas de garbanzos; es, más que en ninguna otra parte, en la vuelta del Iser, refugio de ensueño en otros días y refugio hoy de una nación que luchando y trabajando reanuda su historia... Es en todas partes, en suma... En Dixmude, las pomposas inscripciones de lápidas sepulcrales expresan la grandeza ante los hombres y la humanidad ante Dios, de los capitanes gobernadores muertos a consecuencia de sus heridas en el viejo palacio inclinado sobre el borde del canal de Hauzaerne, que hace frente al mesón de Papagallo. En Nieuport, en el fondo del silencio de la iglesia, persiste un ruido de batalla. Todos los oficiales que allí duermen fueron héroes, héroes del sitio de Ostende, del combate de las Dunas, de la jornada de Nieuport, en la cual Mauricio de Nassau quiso en vano sepultar al ejército

de Alberto de Austria. A la orilla del trágico canal y de la villa dormida velaba siempre, tan orgulloso como en la torre de los Templarios, que dominaba los mercados, el faro de los españoles, donde en otro tiempo se encendían, para la seguridad de los navegantes, grandes fuegos de paja.

Hubo un suspiro en la voz de Nothomb... Y continuó, evocando el recuerdo de una de las ciudades más bellas de Flandes:

—En Furnes era completa la fusión entre la llama del Mediodía y el ensueño del Norte. Su atmósfera, única en el mundo, estaba constituida por algo que no se discierne bien en el primer momento, pero que aparece transparente cuando se penetra en la vida íntima de esa «capital de silencio». El cuidado del bienestar y el impulso de la oración, el desgarrador amor divino y el gusto bien marcado de la buena vida, la virtud en lo que tiene de mundana y también de vertiginosa, el pecado en lo que tiene de humano y de sacrílego, los cabellos rubios y los ojos negros, la modestia deliciosa después del hermoso y brillante orgullo: tal era el arma de Furnes. Si los españoles de hoy hiciesen una peregrinación, se encontrarían a sí mismos... Yo veo siempre ahí lo mejor de lo que nos han dejado. ¿Conoce usted nuestras iglesias?... En las naves laterales de Saint-Walburge, donde se veía un Cristo de cabellos negros flagelado por verdugos salidos expresamente de las orgías de la «furia española», delante de los cuadros sombríos dorados en que se retorcían entre

llamas las almas materializadas, sobre los reclinatorios de la sacristía, donde los jóvenes se arrodillaban el día de sus desposorios, cogiéndose durante su consagración a la cuerda que pende de un viejo crucifijo negro—símbolo admirable de fiel unión—, reconocía la religión española, que no tiene los dulces fervores de la nuestra. Los santos de las dunas y de las praderas, los Idesbald, los Winebald, los Walvurge, desde los altares de sus capillas olorosas, miraban sonrientes, con sus vestidos blancos, a los oscuros cantos de castilla... Y sobre la seca exaltación florecía la frescura de la alegría...

Pierre Nothomb hablaba, hablaba, evocando sus visiones nostálgicas, pintando los cuadros de sus Flandes natales, recordando las dulces correrías de su infancia. En sus ojos profundos de poeta, una nube de tristeza ahogaba las luces claras de las pupilas. Y frente a él, escuchándole con religioso silencio, como si en aquella voz encontrara los ecos de una familia lejana, los dos grandes belgas—uno, Maeterlinck, grave y patético; otro, Verhaeren crispado y nervioso—daban muestras de aprobación, moviendo de vez en cuando sus nobles cabezas encanecidas.

—Usted conoce Furnes, ¿no es cierto?—díjome después de un corto silencio el joven escritor—. Usted ha oído hablar, sin duda, de la famosa procesión de aquel pueblo... Es uno de los espectáculos más típicos de nuestra Bélgica... Pues bien: aquella procesión nació de un arrepentimiento

español. Un soldado había profanado una hostia, que súbitamente se ensangrentó. El gobernador de la ciudad, de acuerdo con el obispo, prescribió en seguida una penitencia anual. Con el tosco sayal sobre la carne, la pesada cruz sobre la espalda, los pies desnudos y la cogulla, continúan los burgueses, desde hace tres siglos, repitiendo la penitencia del soldado. Pero cada año en mayor número se mezclan, entre los sombríos peregrinos de rostros morenos, jóvenes de rubios cabellos. Y ángeles mofletudos, precediendo a las escenas mímicas de la sede de Jesús, cantan con voz pura poemas en honor de la Virgen. Y al pasar el cortejo parece que respiramos el mismo olor a cera y a incienso que en aquellos días en que Alberto e Isabel iban a presenciarlo desde las ventanas de la «Noble Rosa»... ¡Alberto e Isabel!... Las aldeas próximas a Furnes conservan costumbres y tradiciones que recuerdan la época de Carlos V, de los archiduques y de Carlos II. Conozco un campesino de esa comarca que lleva un nombre de grande de España. El caso no es raro en Flandes. Al lado de tantas familias que llegaron de España y que han conservado intacto su nombre—cito al azar a los Alcántara, los Peñaranda, los Villegas, los Serna, los Quevedo, etc.—, hay otros, más humildes, cuyos nombres se han aflamencado o valonizado. Muchas familias que también eran ilustres, mezcladas después a las corporaciones de las ciudades y de las campiñas, no han guardado de su nobleza más que

ese nombre olvidado, pero siempre brillante, entre las sílabas un poco grises de nuestros apellidos populares. En el ángulo de la calle Haute y de la calle Notre Seigneur, el rótulo de una taberna ostenta la imagen de «la viuda de Valeriola», y en la población del extrarradio la antiquísima tienda de José Vallejo se hace notar sin causar extrañeza. Algunos han perdido la conciencia de sus orígenes; pero me acuerdo siempre de un pobre niño nacido de una rama de cierta familia castellana, que me decía, cuando pretendí darle una limosna: «No puedo aceptar, porque me llamo Gutiérrez Castilla.» ¡Aquel orgullo! Quisiera contar un día la noble historia de cierto barón que murió oscurecido y que, según se cree en el mundo belga, fué el último de su ilustre casa. Tenía siete hijos, que su pobreza le forzó convertir en campesinos.

Cuando a los ochenta años comprendió que llegaba su última hora, reunió a sus hijos, a sus nuerras y a su hija soltera, y les dijo: «Nuestros antepasados construyeron este castillo, en tiempo de Alejandro Farnesio; ninguno de vosotros podrá habitarlo después de mí, por falta de medios. ¿Seríais capaces de venderlo a un extranjero? No... ¿verdad? Pues yo os pido que después de mi muerte derribéis este castillo y con sus materiales se construya cada uno una casita en el parque que entre todos cultivaréis. Es la manera más altiva, para una familia española, de acabar.» Y así se hizo. Tengo este relato de labios de una humilde

hortelana de Carupine. Mientras me lo contaba, yo miraba sobre su chimenea el retrato de su abuelo, pintado por el vicario de la aldea. A pesar de su aspecto de campesina, se asemejaba a ese señor castellano, que fué uno de los capitanes de Castel Rodrigo. En un ángulo de la reja se destacaba uno de los más bellos escudos de Castilla. Pero ¿a qué citar ejemplos? Pudiera escribirse un volumen sobre la supervivencia española en Flandes. Nunca se ha intentado. Nada más tentador, sin embargo, para quien pretenda desenmarañar los hilos conductores de nuestra sensibilidad y de nuestra psicología nacional. No debe olvidarse que, entre nosotros, los españoles no fueron conquistadores. Fueron muy numerosos, y se asimilaron en general sin dificultad; pues no obstante ciertas contradicciones evidentes de nuestros temperamentos, rasgos comunes nos predisponen para comprendernos. Y si alguno de ellos, olvidando su deber, vieron en nosotros vencidos o seres inferiores, la gran mayoría no cometió ni ese error ni esa falta. No debe desagradar a los españoles de hoy el saber que el pequeño pueblo caballeresco del Norte no ha olvidado que sus padres fueron siempre, entre nuestros padres, correctos caballeros...

Después de hablar así, Pierre Nothomb me preguntó si yo creía que una serie de conferencias sobre este tema tendría en España éxito.

—Ya lo creo—le contesté—; con sólo repetir lo que usted nos ha dicho ahora...

—No—exclamo—, yo no... El que tiene obligación de hacerlas es nuestro gran Verhaeren... ¡Es tan español!...

Y Verhaeren murmuró:

—Con toda mi alma... sí, señor... Yo tengo algo de español... Yo iré a Madrid... Yo hablaré de nuestros antepasados... Ahora voy a Normandía... Luego, a mi vuelta, prepararemos este viaje... ¿Me ayudará usted?... Dentro de tres meses...

De esto hace años... El gran poeta fuése a Rouen y no volvió a París... Fué a morir cuando más ardientemente quería vivir...

LOS POETAS DE LAS FLANDES FRANCESAS QUE CANTAN A ESPAÑA



ACE algunos meses, mi amigo M. Pierre Nothomb me dirigió una carta, hablándome de la supervivencia del alma española en Bélgica. Hoy es un joven escritor francés, M. Pierre Lestrez, quien me escribe: «No crea usted que sólo las Flandes belgas guardan con amor el recuerdo de la dominación española. Las Flandes francesas también. Y es en vano que algunos concejales jacobinos de nuestras ciudades del Norte profanen de vez en cuando el recuerdo de Carlos V, acusándolo de cruel encendedor de hogueras inquisitoriales. Nuestro pueblo no piensa nunca sin fervor en aquellos tiempos en que el león de Flandes y el león de España fraternizaban. Y por si alguien pone esto en duda, le envío a usted un tomo en el cual dos camaradas míos

han reunido las poesías escritas por nuestros más modernos poetas en honor de España. Por esas piezas de antología verá usted que todos aquí nos sentimos aún algo españoles en el fondo del alma.» Junto con esta carta llegó a mis manos un libro muy curioso y para nosotros tan halagador, que apenas me explico que nadie lo haya aún comentado en Madrid. Se titula: *Les Poètes de la Flandre Française et l'Espagne*, por Charles Droulers et León Bocquet. — París. — Editions Georges Cres.—1917.

El primer cuidado de estos escritores consiste en corregir el gran error histórico que confunde en un solo cuadro de horrores la dominación de España en los Países Bajos y en Flandes.

«En nuestras comarcas—dicen—, las luchas religiosas fueron breves, y la diplomacia de los magistrados municipales consiguió que las libertades esenciales de las ciudades fueran siempre respetadas. Durante el gobierno de la princesa Isabel, de 1593 a 1633, ¡qué concordia, qué dulzura y qué prudencia en la Administración! ¡Qué florecimiento de cultura!... Es el tiempo en que Rubéns va a traducir en colores magníficos la dicha de vivir; es el momento en que el arte flamenco va a brillar con incomparable esplendor, gracias a Van Dyck, Jordaens, Van Ost, los Brenghel, los Teniers, etc. La poesía renace entonces con Vondel, y la ciencia con Jansenio y Bolland. El derecho se cristaliza alrededor de las costumbres locales para codificarse en el edicto

perpetuo de 1611. Los habitantes de Lille llaman a Isabel «la buena Princesa», y la crónica nos dice que esta gobernadora pasaba seis horas diarias revisando las sentencias y escuchando a sus súbditos.»

En labios de Menéndez Pelayo, un juicio tan halagador para la realeza católica parecería a los liberales, en general, un puro alarde de ultramontanismo. ¡Defender la política de Felipe II y de los representantes de su despotismo en Flandes!... Diez años ha, nadie hubiérase atrevido a hacerlo, a no ser algún cultivador de paradojas ultramontanas, como D. Ramón del Valle Inclán.

Los autores de la antología flamenco-española no son ni ultramontanos ni cultivadores de paradojas. Son buenos republicanos franceses. Pero son, al mismo tiempo, eruditos sinceros que no estudian la Historia en los romances de ciego ni en los libelos políticos, sino en sus verdaderas fuentes documentales. Por eso pueden decir, después de pintar los esplendores de las Flandes españolas: «¿Cómo nuestros poetas hubieran podido sustraerse a una influencia que se ejerce en ellos desde la infancia por la tradición, por el atavismo, por el medio ambiente de las antiguas ciudades y también por una doble corriente poética, clásica y romántica que les trae aluviones fuertemente cargados de savia española?»

Y no os figuréis, al oír hablar de poetas de Lila, de Roubaix, de Cambrai, que se trata de modestos cantores provincianos de esos que en todas

las viejas comarcas cultivan las musas locales a la sombra de las viejas tapias legendarias. No. Son poetas que figuran en París, notables casi todos, y uno de ellos, por lo menos, tan glorioso como los más gloriosos: el divino Albert Samain.

He aquí sus nombres: Sebastián Charles Leconte, León Bocquet, Albert Samain, André Prouvost, Marie Delatang, M. de Poncheville, Floris Delattre, Henri Potez, Auguste Dorchain, Henri Herlemont, Georges Ducrocq, Charles Droulers y Achille Segard.

Yo querría, para hacer ver el acento apasionado y nostálgico con que estos poetas hablan de España, citar algunas de sus estrofas. Pero me encuentro con una gran dificultad para hacerlo, y es la de no atreverme a traducirlas. Porque, como lo he dicho siempre, los versos no se traducen, aunque otra cosa se figure mi amigo Francisco de Icaza. ¿Cómo trasladar al castellano, por ejemplo, estas deliciosas estrofas de Samain?

Mon âme est une infante en robe de parade,
Dont l'exil se reflète, éternel et royal,
Aux grands miroirs déserts d'un vieil Escorial,
Ainsi qu'une galère oubliée en la rade.
Aux pieds de son fauteuil, allongés noblement,
Deux lévriers d'Ecosse aux yeux mélancoliques
Chassent, quand il lui plaît, les bêtes symboliques
Dans la forêt du Rêve et de l'Enchantement.

Los poetas flamencos nostálgicos, melancólicos, algo brumosos y muy delicadamente soñado-

res, son los que menos se prestan al ejercicio escolar de las versiones. Decir: «Mi alma es una infanta en traje de etiqueta,—cuyo destierro se refleja, eterno y regio,—en los grandes espejos de un viejo Escorial,—tal como una galera olvidada en la rada»; decir eso es traicionar al gran cantor del *Jardin de l'Infante*. Y así, entre este pecado y el de citar en una lengua extranjera, prefiero cometer el último, por ser el menos grave.

El primer poeta que figura en la antología flamencoespañola es Sebastián Charles Leconte, autor de varias obras coronadas por la Academia Francesa y colaborador asiduo del *Mercure de France*. He aquí su soneto titulado *La Flandre a l'Espagne*:

O toit, dont la pitié, comme une Véronique,
Aux stations de mon calvaire, vint à moi,
Tu n'as pas oublié, guerrière et catholique,
Notre commun passé fait de gloire et de foi.

L'orgueil est écroulé du lion héraldique,
Mais mon cœur est toujours vivant, et c'est pourquoi
Enchâssant ma douleur ainsi qu'une relique
Piense, je salue et l'Espagne et son roi.

Les Barbares n'ont pu, qu'ils soient Huns ou Van-
[dales,
Qu'ensevelir le bronze où chantaient nos annales
Sous les débris de nos beffrois républicains;

Dans nos champs dévastés, notre terre immortelle
Allie, au souvenir des jours anciens fidèle,
Aux étendards du Cid l'aigle de Charles-Quint.

Después de este cantor tradicionalista, encontramos a León Bocquet, que canta de un modo romántico la belleza de España en las siguientes estrofas:

Lumineuse et tragique Espagne, ton visage
M'obsède et ce n'est point en vain que tu feras
Dans mon rêve surgir cette émouvante image
Des Madones au cœur percé sous les cédrats.

Si je n'ai jamais vu tes âpres paysages
Ni les cimes d'azur des belles sierras,
Ni tes fleuves au fond des provinces sauvages
Traîner l'or du soleil captif entre leurs bras.

Je sais quel atavisme obscur et séculaire
Ramène mon désir vers l'ardente atmosphère
Où triomphe un parfum de roses et de sang.

Car l'amour de tes fils a pétri notre race
Et sculpté, dans la chair de la Flandre vivace,
Le masque glorieux de ton Passé puissant.

De Samain nada cito, porque ningún poeta es tan popular como él. De su discípulo Amedie Prouvost, cantor de Escoriales fantásticos y de infantas moribundas, tampoco. No es posible dar un poema de cada uno de los que en las Flandes francesas se sienten un alma española.

De Marie Deletang, en cambio, quiero copiar un soneto exquisito:

A mon âme du Nord vous êtes trop lointaine,
Espagne noire et rouge, et vos ciels éclatants
Et le bruit de vos jeux et l'évnl de vos chants
Troubleraient de mes jours la réserve ereine.

EL CUARTO LIBRO DE LAS CRONICAS

Et vos robes de soie et ma robe de laine
N'accorderaient pas mieux leurs deux dessins tran-
[chants

Que ne se mêleraient les fibres de nos sangs
Si vous vouliez un soir remonter vers ma plaine.

Et nos cœurs vont ainsi: le vôtre au grand soleil
Eclate comme un fruit aux grenades pareil
Et le mien, envoilé dans son rêve de brume,

Se replie en lui-même et vit comme à genoux.
Vous brûlez à l'amour, alors qu'il me consume...
Mais sa douleur peut-être est bien la même en nous.

¿Quién es esa Marie Deletang que con tanto fervor canta sus nostalgias castellanas? Los autores de la antología sólo nos dicen que nació en Bavai, en 1884.

André de Porcheville canta a su ciudad natal, y al cantarla evoca la figura del emperador:

Valenciennes jadis a été espagnole,
On nomme ainsi chez nous les antiques témoins,
Les vieux logis qui virent passer Charles-Quint
Les cortèges des Archiducs, Jeanne la Folle!

Por falta de espacio pasó en silencio las páginas de Floris Delatre, que sueña oyendo las viejas campanas españolas, y las de Enri Potez, que es el decano de los poetas de Douai, y las de Henri Dorchain, a quien los parisienses consideran como uno de los más grandes artistas de nuestra época, y a Henri Herlemont, que nació a mediados del siglo pasado, en el Catteau, y que aún

canta con acento juvenil los recuerdos heroicos de su pueblo...

Pero de los tres últimos poetas de mi antología, quiero citar algunas estrofas sobre tres ciudades españolas,

Estas son de Georges Ducrocq, de Lila:

J'ai vu, dans Zamora, un palais en ruine,
Les chapiteaux brisés couchés dans es épines,
Les marches d'un perron qui ne résonnait plus,
La courbe d'un portail au blason vermoulu,
Et trois petits moineaux qui chantaient dans les her-
Le Cid a vécu là, jeune, grave et superbe. [bes.
Il logeait sur ces murs qu'on ne rendit jamais;
Il avait fait son nid, comme un aigle, au sommet.
L'air est pur en Castille, et la campagne est belle.
Les champs gris qu'il voyait étaient à l'Infidèle.

Estas, de Charles Droulers:

En proie au rêve ardent qu'enfantent les tombeaux
J'errais seul, dans Burgos, par une nuit sans voiles.
Les ruelles avaient des pavés inégaux,
Et des souffles glacés me tombaient des étoiles.

La ville, resserrée en ses murs trop étroits,
Ne s'offrait pas, inerte, à la paix sépulcrale,
Mais montait, refluit, faisait grimper ses toits
Contre les murs de la hautaine cathédrale.

Estas, en fin, de Achille Segard, de Roubaix:

Splendeur du renouveau que Grenade au réveil,
Montagne de fruits d'or et mules pomponnées,

EL CUARTO LIBRO DE LAS CRONICAS

Femmes, enfants, vieillards, baladins en tournée,
Tumulte éblouissant d'azur et de soleil!

Le soir, la ville est jeune, amoureuse et cambrée,
De bleuâtres lueurs nuancent l'horizon
Et le vent rafraîchi par la neige des monts
Se joue en les cheveux des femmes enivrées.

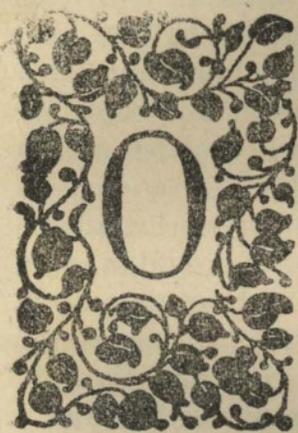
Voluptés d'Orient et orgueil espagnol,
O cité tant de fois détruite et profanée
Sous tes beaux orangers et tes pins parasols
Que d'exaltations âpres tu m'as données!

Je vivais en tes murs comme si j'étais roi,
Et voici qu'au moment où ma barque s'incline,
Ainsi que Boabdil debout sur la colline
J'ai les yeux pleins de pleurs en me tournant vers toi.

Y ahora que he cerrado el libro de estos poetas de Lila, de Roubaix, de Arras, de Douai, de Valenciennes, de Cambrai, del Catteau, creo ver de nuevo aquellas deliciosas y brumosas ciudades donde tantas veces evoqué, lleno de orgullo y de melancolía, el recuerdo de la época en que las Flandes eran españolas... Una lluvia muy fina me parece que envuelve el contorno de los edificios en un velo misterioso. Las calles están casi desiertas, y sobre el silencio llueven, lentas y evocadoras, las armonías de los campanarios... Detrás de una iglesia labrada cual un joyel, álzase severa y hosca la masa cuadrada de una atalaya. En una plaza amplia se ven de una manera confusa las líneas puntiagudas de las fachadas, las escalina-

tas aéreas de los pórticos, los salidizos ligeros de los balconcillos, las columnatas bajas de las arcadas... Y aunque el cuadro es vago, contemplándolo siento que el alma se me llena de nostalgia y que algo muy misterioso, muy insinuante, me llama, a lo lejos, como para ir a orar al pie del altar de los recuerdos...

LA PSICOLOGÍA DEL VALOR Y DEL MIEDO



s acordáis de Barket, el vencedor, el héroe legendario de Sienkiewicz? Al hallarse por la primera vez en un campo de batalla, sintió un miedo tan grande que pensó en huir. Por su fortuna, todos los desfiladeros de la retaguardia estaban ocupados por tropas que lo cerraban el paso. «¡Adelante!»—gritó el oficial

de su sección...— ¿Adelante?... Era imposible... Barket no pensaba sino en esconderse, en evitar la pelea. «¡Adelante!», repitió su jefe, y al mismo tiempo lo empujó con violencia hacia el lugar en que la lucha hallábase ya entablada. Entonces, enloquecido, sin saber lo que hacía, temblando de terror, Barket lanzóse en medio del tumulto y arrebató dos estandartes al enemigo. Al día si-

guiente, su nombre era famoso en el Ejército. «Es el más bravo»—aseguraban los generales...

Esta historia simbólica la encontramos ahora reproducida fielmente en el episodio más conocido y más hermoso de la guerra actual, en el único tal vez que ha entrado ya en la leyenda, gracias a la poesía y a las estampas populares. De pie, en medio de un montón de ruinas, un oficial, cuyos soldados yacen postrados en el suelo, clama:

—¡Arriba los muertos!

Y los muertos, a su voz, se levantan y le siguen. La leyenda y las estampas nos lo aseguran. «Los alemanes—escribe Maurice Barrés—habían roto la resistencia, invadiendo la trinchera; nuestros soldados yacían por el suelo; pero, de pronto, al grito sublime, un soplo de resurrección los anima y los nuestros barren al invasor.»

¿Hay algo más digno de figurar en los anales prodigiosos de las nuevas gestas? Tal cual la fama lo presenta, el protagonista de esta escena da la mano, por encima de los siglos, a los que, en las luchas remotas, han parado el Sol, han dividido las aguas, han hecho invisibles a sus huestes y han partido con su espada las montañas...

Mas, desgraciadamente para la eterna novela de lo sobrehumano, el teniente Pericard ha querido, antes de morir, explicar su milagro; y al hacerlo, ha despojado su propia cabeza del nimbo que la envolvía, para cubrirla con un casco que se parece más al de Barket que al de Rolando. «Era—dice—a principios de abril de 1915, en el

Bois Brulé. Llevábamos tres días luchando y en la trinchera no quedaba ya sino un puñado de hombres aislados, cansados, bajo una perpetua lluvia de granadas. ¡Si los alemanes hubieran conocido nuestra debilidad!... Su artillería rugía con rabia. Un oficial que fumaba a mi lado, sonriendo ante los proyectiles, cayó con la cabeza atravesada por una bala. ¡Ah, el dolor de sus soldados, que se inclinaron sobre su cuerpo al verlo morir!... Era imposible dar un paso sin poner el pie en un cadáver. Yo me dí al fin cuenta de mi situación desesperada. Mi exaltación se desvaneció. Tuve miedo. Me coloqué detrás de unos sacos de tierra. El único soldado que aún puede tirar es Bonnot, que se bate como un león, solo, contra sabe Dios cuántos. Su conducta me hizo avergonzarme de mi miedo, y volví a la trinchera, seguido por unos pocos hombres. El día iba a morir. Era imposible continuar allí, continuar así. A nuestra derecha, en la trinchera vecina, no quedaba ni un sér vivo: estaba llena de cadáveres... Dominando mis nervios, me metí en ella, y al sentirme solo entre los muertos, sentíme poco tranquilo. ¡Yo solo ahí!... Luego, poco a poco, me enardecí, contemplé los rostros muertos y sentí que me miraban. Desde mi trinchera, mis compañeros me ven con ojos de espanto, en los cuales yo leía mi sentencia de muerte. Las granadas enemigas seguían lloviendo. Ante los cadáveres, yo pensaba: «Así, pues, ¿sus sacrificios van a ser estériles? ¿Habrán caído en vano?... Los alemanes van a venir... ¿Van a

robarnos nuestros muertos?...» La rabia me animó, y saliendo de la trinchera, grité: «¡Arriba los muertos!... Vamos a vencer... ¡Arriba!» ¿Locura?... No, puesto que los muertos respondieron a mi llamamiento.»

Para que la nueva leyenda fuese grande a la manera antigua, que es la manera popular, la confianza debiera terminar aquí. Nuestras imaginaciones verían entonces la masa macabra levantándose a la voz del que apela a las fuerzas milagrosas, verían el ataque fantástico, verían la victoria del prodigio... Pero el teniente Pericard, en su humilde sinceridad de intelectual, no ha querido dejar flotar alrededor de su acto sublime un velo fantástico, y con franqueza nos confiesa que los que lo siguieron fueron únicamente los hombres vivos de su trinchera, los compañeros que acababan de llorar al otro oficial muerto. «No conservo—dice—sino la idea de un ataque desordenado, a la cabeza del cual se destaca siempre Bonnot. Otro de los hombres de mi sección, con el brazo herido, lanza granadas manchadas por su propia sangre... Yo me sentía agrandado, con un cuerpo de gigante, con un vigor enorme, con una clarividencia que me permitía ver mil lugares a la vez y tirar y dar órdenes y evitar las granadas enemigas al mismo tiempo... Al fin los alemanes retrocedieron, y pudimos consolidar nuestro baluarte de sacos de tierra en los bordes de nuestra trinchera.»

En ese caso, pensaréis: ¿Los «muertos» no fue-

ron sino una frase, un grito vano, un arranque de retórica exasperada?... No. El héroe, ahondando en el misterio de su triunfo, nos asegura que si los vivos lo acompañaban en el ataque, los muertos lo llevaban de la mano. «Sus almas—escribe—se mezclaron con nuestras almas y formaron una masa de fuego, una amplia corriente de metal en fusión.»

Los entusiastas de las gestas religiosas sentirán tal vez que el teniente Pericard haya convertido su propia leyenda en una simple moraleja nacionalista. Los muertos que lo llevan de la mano mientras sus compañeros disparan granadas, no son sino los hermanos de los muertos que, según la teoría de Maurras, gobiernan el mundo, en tanto que los muertos de las estampas populares son cadáveres reales que se yerguen, que se lanzan a la lucha, que hacen huir al enemigo.

La realidad milagrosa conviértese, en efecto, en un mito ideológico. Pero ¿es, acaso, menos grande por eso? Yo no lo creo. Humanizándose e idealizándose, por el contrario, lo que antes debe de haber hecho sonreír a los escépticos truécase en un acto de transcendental significación.

«No somos nada, no tenemos nada de superior en nuestra esencia—parece decirnos el héroe de la aventura—; no hay en nosotros ni siquiera un arrojo verdadero, un arrojo instintivo, en los casos trágicos; y si una fuerza que nos viene de más allá de la vida no nos animara en los instantes supremos, no haríamos cosas sublimes.»

El personaje de Sienkiewicz de quien hablé antes, confiesa que su primera aventura de vencedor no logró curarlo del miedo. Muchas otras veces peleó, tomó nuevos estandartes, venció a enemigos numerosos. Sus jefes lo cubrieron de cruces y de gloria. Su nombre llegó a ser símbolo de temeridad. Y, sin embargo, siempre, siempre, siempre, su miedo, al lanzarse al combate, fué terrible, hasta el punto de hacerle caer a veces en una especie de catalepsia interior que paralizaba los movimientos de su razón.

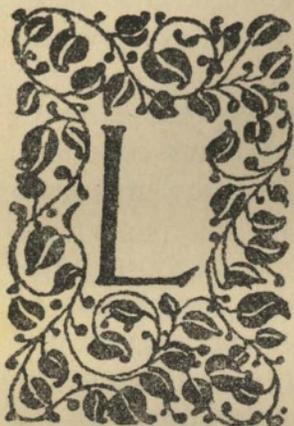
Como Barket, el teniente Pericard escribe: «Cada vez que he tenido que saltar el parapeto de las trincheras, he temblado de miedo, y la debilidad que se apoderó de mí en plena acción, el día de mi primera aventura, no fué un accidente singular.» Pronunciadas por un hombre bravo entre los bravos, por un héroe que no sólo al gritar «arriba los muertos» dió muestras de arrojo, sino que luego se ha distinguido en veinte ocasiones difíciles, por un hombre, en fin, que ostenta seis palmas de bronce en la cinta de su cruz de guerra, estas palabras tienen un sentido tan profundo, que debiéramos todos meditarlas cada vez que oímos, sin emocionarnos, hablar de hazañas militares. Porque en vez de disminuir los actos heroicos, tal confesión los santifica, poniéndoles una aureola de sacrificio. Meditemos un instante, en efecto, en lo que es un rasgo de valor instintivo, y veremos que apenas resulta un movimiento reflejo del organismo. El león que ataca, cumple un

deber natural. Pero el hombre no es león. Y aunque lo fuera, ¿sería capaz de permanecer días y días bajo una lluvia de metralla, sin experimentar un sentimiento de inquietud o de terror? No. El hombre es un sér hecho de nervios que vibran al choque del peligro, y de raciocinio que se subleva ante los cataclismos. Si resiste, si hace de antemano el sacrificio de su vida, si entra en una trinchera como quien sube al altar del holocausto, es porque tiene, en el fondo del alma, un resorte ideal que le permite ser más grande que su naturaleza. ¿Son los muertos de la Historia, como lo cree el nacionalismo, los que operan este fenómeno? «No—se dirá—puesto que los salvajes primitivos también se baten entre sí.» Pero la guerra actual no es igual a la de los salvajes. Es una guerra en la que el hombre ha desencadenado contra el hombre elementos de destrucción y de espanto que un sér primitivo no podría ni imaginar ni comprender. Esos peludos, que permanecen horas y días bajo una lluvia de fuego y de hierro, que ven desaparecer bosques, que asisten a la ruina de ciudades enteras, que sienten, en fin, abrirse la tierra a sus plantas y que, sin embargo, se mantienen en sus puestos, impasibles, inmovibles, invencibles, aparecen, en verdad, cuando se les observa de cerca, como criaturas superiores. ¿Que lo mismo mataba una lanza de la Edad Media que una granada de melinita?... Sin duda. Sólo que no es la muerte lo que hace temblar. ¿Quién tiembla ante la fiebre que va a lle-

várselo al otro mundo? Lo espantoso, lo terrorífico de la guerra actual, es su carácter de tempestad desencadenada, contra la cual ningún medio de defensa personal resulta, ni siquiera ilusoriamente, eficaz. En las trincheras, cual en las fortalezas, los soldados viven, según la frase gráfica de un militar germano, «como en el cráter de un volcán en erupción». Y la mejor prueba del efecto que esta vida produce, la tenemos en el formidable, en el incontable número de dementes que llenan hoy los hospitales de Europa. «Conservar la razón—escribe otro alemán—es ya un prodigio.» ¿Cómo no inclinarnos, pues, llenos de respeto, ante ese otro prodigio mayor, que consiste en confesar que de la locura de un momento se ha sacado un soplo de magnífico heroísmo, y de la debilidad constante se ha hecho una fortaleza épica?

EL DINERO Y EL ARTE

Mais en verité j'arrive é me demander avec le plus grande inquietude si l'art ne périra pas par l'argent.—FLAUBERT.



Los buenos cronistas, siempre seguros de no dejar pasar el menor acontecimiento teatral sin comentarlo de un modo grave y copioso, parecen no haber notado que un tribunal parisiense acaba de dictar una sentencia interesante para todos aquellos que, de un modo o de otro, trabajan en el teatro. Se trata de un empresario de cinematógrafos, que, cansado de no representar sino pantomimas, tuvo un día la idea de trasladar a sus cintas populares la acción de unas cuantas comedias famosas. La primera que escogió fué *Boubouroche*, de Courteline. «Quitándole el título—se dijo—no es probable que la reconozcan.» Y, en efecto, pasaron meses sin que nadie descubriese en la alegre aventura del *cine* la obra maestra del ilustre humorista. Pero llegó

una oportunidad en que cierto erudito, deseoso de ver lo que aplauden los porteros y los soldados, fué a sentarse ante el escenario populachero. El programa anunciaba «la fantasía cómica titulada: *José, tu mujer nos engaña.*» ¡Cuál no sería su asombro al descubrir que aquel José no era sino el nunca bien ponderado señor Boubouroche! Una semana más tarde, Courteline, prevenido, presentóse en el cinematógrafo acompañado de un notario y se convenció de que todas las situaciones, todos los gestos, todos los episodios, eran realmente suyos. Al terminar el espectáculo, presentóse ante el empresario y le dijo:

—La obra que acabo de ver es exactamente igual a una comedia mía. Si usted no me reconoce los derechos que me corresponden, voy a verme en la necesidad de demandarlo.

—La obra que usted ha visto—contestó el hábil industrial—está, sin duda ninguna, inspirada en la célebre comedia de usted. Sólo que en una pieza de teatro lo que tiene importancia no es el argumento, sino el diálogo. Casos de adulterio, los hay de todas clases. No tiene usted más que contemplar lo que pasa en la vida misma para encontrar aventuras como la de usted... o mejor dicho, como la nuestra... Lo que nadie encuentra sin tener genio, son las frases, los diálogos, la parte literaria de una obra... Ahora bien: como yo no he tomado una sola frase de su comedia, nada le debo...

—Lo que usted dice es absurdo—exclamó Courteline.

En realidad no es absurdo, no es ni siquiera paradójico. Es sencillamente discutible, y desde hace muchos siglos los hombres se entretienen en hacer lo que hace el empresario del cinematógrafo, sin tener la excusa de no crear sino personajes mudos. ¿Qué inventaron, en efecto, los dramaturgos griegos? Nada o casi nada. Sus asuntos están en la *Iliada*, en la *Odisea* o en las fábulas religiosas. Así, no es raro encontrar el mismo argumento tratado por Esquilo, por Sófocles y por Eurípides. Más tarde, en el gran Occidente, encontramos a Shakespeare, que emplea situaciones tomadas de autores italianos... Y más tarde a Corneille, que copia a los españoles... Y más tarde a Moratín, que saquea a los franceses... Pero todo esto, que entre literatos puede defenderse y que se defiende a menudo, era poco probable que un tribunal lo aceptara, de modo que el buen Courteline, apoyándose en las leyes contra la falsificación y contra el plagio, demandó inmediatamente a su *contrefacteur*. Los jueces hicieron que un experto asistiera a la representación del *cine*, después de haber leído la comedia.

El informe de este experto fué categórico. «El argumento—dijo—es el mismo.» Y como es natural, todos estaban seguros de que la sentencia sería favorable al gran humorista. Sólo que los jueces, deseosos de mostrarse originales en un proceso en que se trataba de imitación o de copia, declararon que, a pesar de ser *Joseph, ta femme nous trompe*, igual a *Boubouroche*, no había en el

caso delito ninguno. «Porque—dice el salomónico veredicto—lo que constituye el valor de la obra literaria es la perfección de la forma y el análisis psicológico, cosas que no ha podido copiar el demandado.»

Lo que de tal juicio piensen los dramaturgos, no es dudoso, pues gracias a la sabiduría de unos cuantos magistrados, de hoy en adelante cualquier hacedor de pantomimas podrá impunemente tomar las escenas que más le gusten en las comedias originales. Pero esto no es todo. Una vez que se acepte de un modo universal que en la obra literaria «la invención tiene poca importancia», ya no sólo para las cintas cinematográficas podrán los industriales aprovechar las fábulas ajenas. Con sólo quitar su forma a *Nuestra Señora de París*, o a *Eugenia Grandet*, o a *Salambó*, cualquiera tendrá derecho a publicar, a su modo, el argumento de esas obras, con su firma. Los jueces están ahí para absolverlos en caso de que alguien los acuse como ladrones. «No han robado nada estos industriales—dirán—, pues lo único que tiene valor es la forma y el análisis psicológico...»

* * *

Que los dramaturgos y los novelistas acepten de buen grado la nueva legislación es menos probable hoy que nunca, ya que, más o menos, todo aquel que produce e imprime tiene la conciencia de que su labor es un artículo industrial que debe

ser protegido por las leyes contra la codicia ajena, ni más ni menos que una joya o un espejo. Y la prueba de este espíritu nuevo, menos simpático sin duda que el de otros siglos, pero muy general y muy visible, la tenemos en otro proceso que tampoco ha hecho todo el ruido que era de esperarse. Sin ser un Courteline, el segundo *plaideur* es también dramaturgo y humorista. Sus obras se representan en los teatros provincianos de segundo orden. Su nombre no tiene popularidad ninguna. Su talento es de los que no inspiran terribles envidias. Pero, como él dice, no sin cierto cinismo, «ese talento es un ganapán y merece tanto respeto cual el martillo del herrero.» Ahora bien: hace algún tiempo, un crítico que sin duda no veía nada interesante de qué hablar, escribió un artículo declarando que las comedias de ese señor, a quien llamaremos Equis, eran muy malas, muy malas. Al día siguiente de haberse publicado este juicio severo y justo, el dramaturgo atacado, o mejor dicho, censurado, reunió a algunos literatos amigos para preguntarles lo que, según ellos, le correspondía hacer para defenderse.

—Si te crees ofendido—contestóle uno de ellos—mándale tus padrinos al crítico.

—Es cierto—exclamaron los demás.

Pero, al mismo tiempo, todos reconocieron que ni los términos ni el tono general del artículo contenían nada que pudiera ser considerado como injurioso.

Con su tranquilidad de hombre práctico, Equis

se echó a reír y habló de esta guisa más o menos:

—Señores míos: veo que aún tenéis en el espíritu huellas indelebles de la quijotería ancestral. Para nosotros todo se reduce a cuestiones de honor y todo honor ha de lavarse con sangre. No os podéis figurar la lástima que me da tal persistencia de las sentimentalidades de otras épocas en seres que son mis contemporáneos. Afortunadamente, yo pienso de otro modo, y si me permitís ser franco os diré que pienso como hay que pensar en pleno siglo xx. Así, por ejemplo, en el caso que hoy me preocupa no es el caballero, ni menos aún el poeta o el artista, quien habla, sino el comerciante. La literatura, efectivamente, es un puro comercio. Cuando vendo una pieza a un empresario, soy igual al manufacturero que vende una máquina o una partida de sombreros a un comisionista. ¿Podéis figuraros que si ese manufacturero leyera en un diario un artículo diciendo que sus mercancías son detestables pensaría en mandar padrinos al difamador? Lo único en que pensaría es en demandarlo y en exigirle una reparación pecuniaria. ¿Por qué, pues, yo, que soy, como todos los dramaturgos, un industrial, no he de proceder del propio modo que otro industrial cualquiera? Ante el Tribunal de Comercio voy a entablar mi querrela, y ya veremos lo que dicen los jueces.

Lo que a este discurso respondieron los amigos consultados, no lo cuenta la historia. Pero lo que sí cuenta es que el Tribunal de Comercio, des-

pués de un largo debate, se declaró incompetente para juzgar un asunto que, a su modo de ver, no es completamente comercial, ya que desde el momento en que se exigiera de los críticos un criterio de tasadores, quedaría suprimido el principio mismo de la libertad de la crítica.

* * *

Y no son éstos los únicos signos de la nueva noción de la personalidad literaria. Aun en lo más nimio, aun en lo más íntimo, se nota lo que en Francia se llama *americanización* y que en realidad es *metalización*... Los que, hace apenas diez años, se habrían ruborizado de oír sólo hablar de dinero, hoy calculan como tenedores de libros. Las líneas son actualmente como granos que bajan y suben, en una escala de valores, según las fluctuaciones de la Bolsa. Sin ningún escrúpulo, los autores cambian de aficiones conforme el público cambia de gusto. Si es la novela de detectives lo que está de moda, todo el mundo inventa su Sherlock Holmes, y si los aeroplanos triunfan, cada folletinista se siente capaz de renovar a Julio Verne con documentos reales y métodos científicos.

—¿Pagan bien?—preguntan los jóvenes cuando se les habla de una revista.

Y según son las tarifas, así estiman.

—¿Sabe usted cuánto le dan a Fulano por esos

poemas de actualidad que publica casi diariamente?

—Por lo menos doscientos francos...

—¡Cincuenta!... nada más que cincuenta... ¡cincuenta por poema!...

—Y Mengano, ¿cuánto cree usted que cobra por cada uno de sus artículos de crítica teatral?

—Supongo que quinientos francos, lo mismo que Brisson.

—Cien, señor mío..., cien francos; ni un céntimo más... ¡Qué miseria!...

—Mejor harían en vender bicicletas esos literatos...

Para los escritores *nouveau jeu*, en realidad, si el comercio de las bicicletas, o de los paraguas, o de los licores, ha de ser más productivo que el de las ideas, es de rigor preferirlo. En cuanto al sacerdocio de la Prensa, de que hablaban nuestros abuelos, es cosa tan pasada de moda como la vocación de los poetas. Ahora las familias no tienen ya necesidad de encerrar a los niños pródigos para impedir que se consagren al cultivo de las artes o de las letras en vez de continuar los negocios pingües del papá. Hace poco, un periódico refería la historia lamentable de una dama millonaria que acariciaba la ilusión de ver a su hijo dedicado en absoluto al cultivo de la música, y que de pronto averiguó que, en vez de ir al Conservatorio, el *petit* se iba todos los días a la Bolsa.

—¡Cuestión de snobismo!—exclaman los moralistas.

Puede ser. Pero en todo caso hay que confesar que entre este snobismo y el de nuestros padres, el mejor es el antiguo. ¡Qué diablo! Un Zorrilla que se escapa de su casa sin una peseta para ir a morirse de hambre haciendo versos, es siempre más hermoso que un Equis que huye del curso del piano para aprender a manejar los valores públicos. El artista que no tiene la vocación desinteresada, tal vez no gane ni pierda genio. Lo que sí pierde es poesía personal.

* * *

...Así, he aquí a M. Claude Anet, literato joven que en el *Gil Blas* nos había, hasta hace poco, hablado de amor y de viajes.

Su talento es indiscutible e indiscutido. Su fama, aunque fresca, tiene ya consistencia. Su situación material es más que brillante.

Pues bien: en vez de fundar una revista o de organizar una flamante escuela literaria, lo que desea es hacer una liga contra los libros regalados. *Le livre de faveur, voilà l'ennemi!*, exclama. Y, sin duda, tiene razón que le sobra. Pero esto, hasta hace poco, no era para dicho por un joven literato, cuyo ideal debe ser que *lo lean* y no que *lo compren*. ¡El libro de favor, el libro que todos regalamos y que todos recibimos, el libro que nos llega con una buena dedicatoria!... Por mi parte, lejos de querer que se suprima, deseo que se generalice, porque representa una de las postreras

generosidades de nuestro pobre universo, tan tristemente avaro.

¡El libro de favor!... ¡Pero si es el único buen libro, querido señor Anet! Usted nos dice que cuando un pobre literato tiene que enviar cien o doscientos ejemplares de su obra a los «queridos compañeros», es lo mismo que si les regalara una parte de su trabajo. Y agrega usted, como hombre positivo: «ningún otro gremio de obreros hace lo propio.» Es cierto. Ni los carpinteros, ni los tejedores, ni los panaderos, envían sus productos gratuitamente con dedicatorias a los amigos. Pero hay que decir también que entre todos los «industriales», los únicos que no pagan sus anuncios son los artistas. ¡Y qué anuncios! Con cualquier motivo se les consagran columnas enteras, en las cuales se habla de sus «productos» como de maravillas nunca antes vistas. Ahora bien: ¿cree usted, positivista y eminente *confrère*, que esta publicidad no remunera de un modo muy amplio los ejemplares que cada autor regala a los amigos de la Prensa?

* * *

A decir verdad, yo estoy seguro de que en este espíritu comercial de que hacen gala nuestros contemporáneos, existe por lo menos una parte de *pose*. «No hay que parecer ni románticos ni bohemios»—se dicen los artistas *nouveau jeu*. Y para ser *nouveau jeu*, para estar en apariencia a

la altura de los que, como Maurice Donnay, como Lavedan, como Marcel Prevost, sacan a su pluma los intereses de un capital de dos o tres millones, se esfuerzan para hacer creer que cada una de sus frases es un escudo de oro. Pero es seguro que, en el fondo, hay muchos entre ellos que ponen de modo secreto su vocación y su vanidad muy por encima de su codicia. Porque el alma no es cosa que cambie con las modas... Es, tal vez, lo único que no cambia...

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Cultos profanos.....	5
Los primitivos franceses.....	83
El pintor de la galantería.....	101
El impresionismo.....	115
La resurrección de las hadas.....	123
Los malandrines de París.....	161
La pasión de los monstruos.....	171
La influencia de las novelas policíacas.....	179
La neurastenia.....	195
El amor de las flores.....	205
La supervivencia del alma española en Flandes....	215
Los poetas de las Flandes francesas que cantan a España.....	225
La psicología del valor y del miedo.....	235
El dinero y el arte.....	243



Precio: 4,50 pesetas.
Universidad Internacional de Andalucía

X



R33406